



armas, esmeraldas y Kung-fu

RALPH BARBY



SS

SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY

ARMAS, ESMERALDAS Y KUNG-FU

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.261

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 35.010 - 1974
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1974

© Ralph Barby - 1974
Texto

© Desilo - 1974
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

838. - La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

744. - El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881. - Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585. - «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.234.- ¡Sorpresa, oh, querida sorpresa!

En Colección SALVAJE TEXAS:

960. - Comisario Caín.

En Colección PUNTO ROJO:

585. - A dentelladas.

En Colección ASES DEL OESTE:

647. - Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351. - Más astuto que los coyotes.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.051. - Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120. - La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

85. - Una bala para un «Colt».

CAPÍTULO PRIMERO

Se achicaron para reconcentrar la mirada sobre su rival los ojos de Gard Cooper, el famoso piloto de carreras norteamericano, triunfador en las carreras americanas y europeas de prototipos gran turismo, y que acababa de pasarse al reducido número de los pilotos de Fórmula 1, la élite de los hombres de las cuatro ruedas. Pasar a fórmula 1 era como casarse con *Mademoiselle* Mort.

Los ojos del indochino observaban atentamente los movimientos del americano de ojos gris-azulados y cabello albino. Gard Cooper solía usar gafas de cristal oscuro con montura de acero inoxidable, más allá, sobre el tapiz, sólo portaba el kimono de judo.

Guru-Min-Bu portaba otro, pero de seda reforzada, color granate oscuro y con un dragón amarillo en la espalda.

Gard Cooper se había preguntado en muchas ocasiones si Guru-Min-Bu era más chino o hindú. Parecía haber recogido las ciencias filosóficas y teológicas de ambas razas, adquiriendo también el arte especialísimo del kung-fu,

aunque él no era sacerdote de ninguna secta sino de sí mismo.

Por ello, había adoptado el sobrenombre de Guru^[1].

Ambos se movían de un lado a otro, con las piernas arqueadas, buscando el máximo de equilibrio en sus cuerpos mientras sus manos se movían por delante de sus cuerpos con una delicadeza propiamente femenina, casi de bailarina de *ballet*. Sin embargo, sobre el tapiz eran dos luchadores de kung-fu.

Hubo aproximación. Se intercambiaron varios golpes con los cantos de la mano, talonazos. Gard fue volteado con toda limpieza por Guru-Min-Bu, que era mucho más bajo que él, aunque todo su cuerpo despedía fuerza perfectamente controlada.

Pese a la caída espectacular, Gard Cooper se rehízo con

prontitud y reaccionó vivamente. Guru-Min-Bu giró en el aire, recibió un talonazo en la ingle, se dobló hacia abajo, perdió el equilibrio y Gard Cooper alzó sus manos, marcando el golpe mortal sobre la cabeza del indochino.

El oriental se quedó quieto, con una enigmática sonrisa en su rostro mientras varios *flashes* no conseguían cegar sus ojos.

—Es una magnífica foto para salir en primera página de mi revista —dijo uno.

—Yo le pondría una fotografía de su coche rojo encima de las cabezas.

—No seas imbécil, es de color negro —replicó un colega de la prensa deportiva.

—Eh, Cooper, ¿nos da unas declaraciones extras...? —preguntó otro de los reporteros.

—No, se terminó, las preguntas ya las habéis hecho antes. El número de kung-fu ha sido el final de la función.

Hubo algunas protestas pero se marcharon. Tenían ya buen material fotográfico y respuestas sabrosas del norteamericano independiente, no sometido a las grandes escuderías europeas de automóviles fórmula 1.

Era uno de los pocos que se autofinanciaban y, de este modo, podía hacer lo que le venía en gana sin que ningún pez gordo, con un puro bailándole entre los labios, viniera a abroncarle después de una desafortunada carrera.

—Guru-Min-Bu, vamos a la ducha.

—Sí, Gard. Una ducha, con el agua a la temperatura justa, siempre beneficia al cuerpo.

—¿Y cuál es la temperatura justa para ti, Guru-Min?

—Dos grados centígrados.

—Caramba, cada día descubro cosas nuevas en ti desde que te contraté, pero ese consejo no voy a seguirlo. No tengo en mi mente a ninguna chica imposible de conquistar para tener que darme un duchazo de agua helada para calmar mi fogosidad.

—La fogosidad viril ciega a los hombres y nos hace más torpes, menos concentrados.

—Sí, ya lo sé, pero esa fogosidad también es precisa para luchar. Cuando se lucha con rabia hay más posibilidades de ganar.

—No somos animales, Gard, somos seres humanos, con gran capacidad de meditación.

—Correcto. Algún día, además de kung-fu,

te pediré que me enseñes algo de tu filosofía, pero, de momento, me conformo con el kung-fu.

Por cierto, es obvio que te has dejado vencer sobre el tapiz. Podías haberme aplastado el cuello con la planta del pie tras voltearme.

—Si lo hubiera hecho, habría frustrado esas fotografías que los reporteros esperaban hacer. Ellos se han marchado contentos con las instantáneas. Ahora podrán publicar en primera página que eres un gran luchador de kung-fu.

—Sí, pero estoy muy lejos del maestro. Esa fotografía no corresponderá a la verdad sobre mí.

—¿Dónde está la verdad?

—Oye, Guru-Min-Bu, esa pregunta se la hizo un occidental llamado Pirandello.

—No te apesadumbres. Vas a tener buena publicidad y la publicidad, en Occidente, siempre significa dinero. Además, no te subestimes a ti mismo. Eres un excelente discípulo de kung-fu

—dijo cuando ya entraban en el ascensor que habría de conducirles a sus respectivas habitaciones.

Se despidieron en el corredor y Gard entró en su dormitorio.

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono y Gard Cooper, todavía con el kimono puesto, se dirigió a él y lo desahorquilló.

—Aló!

—¿Gard?

—Yo mismo.

—Soy Waldemar.

—Ah, hola. ¿Cómo ha llegado el carro?

—Perfecto. Estoy en Calais tramitando la aduana de entrada de la *roulotte* con todo el material y el carro dentro, pero si no envías un cheque por cinco mil francos, me temo que no vamos a llegar.

No tengo ni una gota de carburante para el «Ford».

—¿Cinco mil? —Silbó—. Bueno, ya te los mandaré a la oficina de correos de la aduana.

—Lo espero. Hasta que no llegue el cheque no vamos a poder arrancar pese a que en la aduana nos dan facilidades. Tengo algunas deudas que pagar con la naviera que nos ha traído.

—Está bien, está bien. —Gruñó—. Cuando despiertes, ve a la oficina de correos de la aduana y allí tendrás el dinero. Luego, te diriges a Le Mans y te instalas allí. Me llamas cuando llegues.

—O.K., gringo, lo tendrás en Le Mans para probarlo, pero no es bueno que te destapes demasiado para que los otros colegas no te tomen el número y puedan ganarte luego en Montecarlo.

—No temas, Waldemar —le dijo a su primer mecánico—. Sé lo que tengo que hacer. Ahora cuelga, que esto es conferencia y la pago yo.

Y ahorquilló el teléfono, dirigiéndose al baño.

Templó el agua tirando a fría, aunque estaba muy lejos de seguir el consejo del oriental que no era propiamente indochino, sino el fruto de padre chino y madre hindú.

Tras bañarse, tomó la toalla y comenzó a secarse mientras salía del cuarto de aseo, encontrándose de pronto con una sorpresa.

Siempre podía ser una sorpresa encontrar a alguien a la salida del baño en un hotel cuando uno sólo tenía por vestimenta una toalla ya húmeda, pero, en aquella ocasión, Gard parpadeó.

El intruso pertenecía al sexo femenino; por lo tanto, era intrusa. Pasaría de los veinte, pero sin llegar a los treinta. Alta, espigada, de formas insinuantes, estaba muy lejos de ser un alambre a lo Twigy, línea sólo apta para ser utilizada como percheros en los escaparates de modas de la Quinta Avenida neoyorquina, para que las menopáusicas sintieran celos por los tiempos ya pasados.

—Hola.

—Supongo que tengo que decir «hola» también. —Gruñó él.

—Todos los hombres se ponen contentos cuando encuentran a una mujer bonita al salir del baño y yo no creo ser fea —le dijo en inglés, pero con un marcado acento parisiense.

—Sí, es usted bonita, pero resulta que yo no la conozco y creo que mi situación es algo ridícula.

—Ah, no se preocupe por no conocerme, me llamo Penélope.

Ahora, creo que podemos ser muy amigos.

—¿De veras?

—¿No le agradaría ser mi amigo? —preguntó dando más grados de calor a su coquetería con unas ligeras oscilaciones de su cuerpo.

—Bien, Penélope, pasa a la salita y discutiremos algunas cosas, entre ellas, me explicarás cómo has entrado en mi habitación, porque no me soltarás ese cuento de que te has equivocado y que por esto estás aquí, ¿eh...?

—Oh, no, ya sé que tú eres Gard.

—Oye, yo no le he dicho al conserje que necesitara chica. ¿Eres del servicio del hotel?

—No comprendo —dijo acentuando su pronunciación francesa y esbozando un mohín de inquietud.

—Bueno, bueno. —Trató de explicarse, sin soltar la toalla que le cubría—. Yo me refería al servicio de relaciones públicas del hotel para que los clientes varones y solitarios no se sientan solos y puedan ser acompañados por una belleza joven y experta como tú, que no se sonroja por nada.

—¡Oh, no! —se rió, siempre con marcada coquetería—. Yo no soy lo que usted piensa. Aquí traigo algo que le parecerá muy importante.

Abrió su bolso de mano y sacó una especie de bolígrafo algo grueso. Apuntó al muslo de Gard y oprimió un resorte.

Se escuchó como un ligero taponazo y un dardo, con ampolla detrás, escapó del bolígrafo, empujado por una cápsula de gas comprimido.

Cooper notó la sensación fuerte del pinchazo y vaciló un instante. Después, tiró del dardo inyectable, quitándole de la pierna y arrojándolo al suelo.

Penélope seguía sonriendo delante de él, con cara de niña hermosa, coqueta pero buena e inocente, mientras el falso bolígrafo convertido en arma se movía entre sus dedos, ya vacío.

—¿Le ha hecho mucho daño?

—Maldita sea, te voy a...

Se tambaleó. El efecto del narcótico era altamente poderoso. Al tratar de adelantarse hacia la fémina, su pierna ya era como de madera. Luego, siguió el resto del cuerpo.

Su vista se nubló, tomándose roja, y la imagen de la bella

Penélope bailó ante sus ojos. Hizo un esfuerzo para dar otro paso y cayó al suelo de bruces. Estiró su mano y tocó la punta de la bota femenina, sin lograr cogerla.

—Pobrecito —suspiró Penélope, abriendo su bolso para guardar el peligroso y falso bolígrafo.

Sacó una linterna cuadrada que no era tal, y estirando de un resorte apareció una antena. Oprimió el cristal que protegía la bombilla, se lo acercó a los labios y llamó:

—Todo listo, pueden pasar. Abriré la puerta. Cambio.

—Comprendido, cambio —respondió una voz varonil, brotando por el pequeño emisor-receptor.

Penélope se acercó a la puerta, la abrió y aguardó a que dos hombres vestidos con uniformes de trabajo color crema entraran con una carretilla de mano de acero inoxidable y ruedas neumáticas, portando una gran cesta de mimbre en la que se podía leer: «Lavandería».

—Está en el baño. Trátenlo con cuidado.

Los dos hombres asintieron, dirigiéndose al baño mientras ella se iba al armario y buscaba ropa. Escogió unos pantalones, calcetines, mocasines y un jersey.

Cada prenda que elegía, lo hacía con un mohín de preocupación, preguntándose si iba a ser lo adecuado.

Los dos hombres salieron con la carretilla; bastaba ver lo aplastado de las ruedas neumáticas para darse cuenta de que el cesto pesaba ahora mucho más que al entrar.

—Un momento —pidió Penélope.

Los pseudo-empleados se detuvieron.

Ella alzó la tapa del cesto de mimbre y vio la cabeza inconsciente del famoso corredor automovilístico.

—Pobrecito —repitió, y dejó caer sobre él toda la ropa que había escogido—. Listos, ya pueden marcharse.

Penélope suspiró y dijo:

—Es un tipo muy apuesto. Espero que no lo maten muy pronto.

CAPÍTULO II

Se hallaba al volante de su Fórmula 1 «Matra Ford» devorando materialmente los kilómetros de asfalto. Llevaba la capucha antitérmica y sobre ella, el casco por el cual sólo asomaban sus ojos que miraban hacia delante.

Al mismo tiempo, oía los aullidos del gran público y aquello no era posible. No podía escucharlos a la velocidad de trescientos cuarenta kilómetros hora al pasar por la gran recta de tribuna.

Vio a varios compañeros salirse de la pista y cada vez estallaba el automóvil de carreras, incendiándose, elevándose grandes llamaradas hacia el cielo rosa salmón fuerte.

Luego, vino una curva. Quiso virar, escuchó un fatídico «*crack*» y el coche fue de un lado a otro. De pronto, una valla de protección...

Más, la velocidad era tan grande que la arrancó de cuajo. Salió volando materialmente sobre el muro de una dependencia del autódromo que allí había. Luego, todo se tornó rojo oscuro, después amarillo vivo, casi blanco. Sintió que era sacudido de un lado a otro, que los hierros del coche se hundían en su cuerpo causándole dolores infinitos mientras una voz que penetraba por sus oídos le decía una y otra vez, con algo de resignación, inquietud y un marcado acento francés:

«Pobrecito, Pobrecito...»

Abrió los ojos. Estaba jadeante, sudoroso y trató de tranquilizar su respiración angustiada. Se preguntaba si aquel accidente del autódromo era realidad o sólo una pesadilla. Aquella pesadilla, lo confesaran o no, torturaba constantemente a los cortejadores de *Mademoiselle* Mort en las cintas de asfalto de los autódromos de fórmula 1.

—Dios mío, qué pesadilla —se dijo al comprobar que estaba entero, que no se abrasaba dentro de su infernal máquina de competición velocística.

Más, aquello tampoco era su cuarto del hotel. Miró en derredor. Cuatro paredes desnudas, de cemento liso oscuro y, paradójicamente, limpio, a excepción de unas marcas en un rincón, como de haber orinado alguien.

Luego, una puerta de acero y ni un solo dibujo o escrito en las paredes, lo que le hizo pensar que aquello no era una celda oficial de cárcel o si lo era, tenía que ser nueva.

En aquel momento, adquirió conciencia de que toda su indumentaria consistía en una toalla y que hacía frío. Recordó entonces a la bella y elegante francesita llamada Penélope.

—Cuando la encuentre, seguro que la estrangulo. —Gruñó en voz baja, rechinando los dientes.

Miró su muslo, donde apenas se notaba un punto rojizo.

Descubrió que encima del catre, tapizado con alguna materia plástica, había parte de su ropa que reconoció de inmediato. Se vistió con ella.

Ya vestido y calzado, se acercó a la puerta y llamó con golpes. Poco después, escuchó unos pasos. Se acercaban dos hombres, no cabía duda por el sonido de los pasos. Se descorrió un cerrojo y la puerta se abrió.

Ante él aparecieron dos individuos vestidos con pantalón y jersey, pero con las cabezas cubiertas con sendas capuchas rojas en las que había unos orificios para los ojos, nariz y orejas.

Uno de ellos portaba un cinto y del mismo pendía una pistola. El otro, colgada con una correa de su hombro, llevaba una metralleta corta con el dedo ya montado sobre el gatillo.

El que portaba la pistola, mirándole fijamente, dijo:

—Sentimos todas las molestias que está usted pasando, señor Cooper.

—¿Ah, sí? Creí que se trataba de un bromazo, no que encima me pidiera disculpas.

—Somos sus amigos —le dijo lentamente, en perfecto inglés.

—Pues, la forma en que me han traído aquí no lo demuestra.

—Son meras e indispensables precauciones.

—¿Indispensables, para quién?

—Para nosotros, señor Cooper —aclaró aquel sujeto.

Quien le hablaba no tenía las orejas sonrosadas como el otro, sino algo amarillentas, lo que llamó la atención de Cooper y

también sus ojos, almendrados y oscuros.

—De modo que son precauciones para ustedes. Y yo, ¿qué pinto en todo esto?

—Mucho, señor Cooper. Como comprenderá, en principio, nuestras identidades no pueden ser reveladas, correríamos un gran peligro. Ni usted debe de conocernos, nos protegemos para la posteridad. Usted, una vez hecho el trato con nosotros, podría dedicarse a hablar y ello nos perjudicaría. No, señor Cooper, debemos de tomar toda clase de precauciones, es nuestra norma. Sin embargo, le pedimos disculpas.

—Bien, si sólo se trata de ser amigos y de hablar un poco, seguiremos la broma.

—Camine despacio y no haga gestos estúpidos. Sabemos que es practicante de kung-fu

—advirtió el de la metralleta, agregando—: Pero por muy rápido que sea, mi dedo lo es más.

—Vaya, se supone que van a hacer un trato conmigo y no se fían.

—No nos fiamos de nadie, señor Cooper —advirtió ceremonioso el de la pistola y las orejas amarillas.

—Usted no es nuestro único cliente y preferimos perder un cliente, por bueno que sea, que nuestra integridad.

—De acuerdo, seré buen chico, espero no lamentarlo luego en mi tumba. Por cierto, muy graciosa su chica, muy graciosa...

Anduvo delante de ellos, siguiendo la indicación de la mano enguantada del encapuchado de las orejas amarillas. Entonces se percató de que el otro también las llevaba enguantadas con unos finísimos guantes color carne que apenas se notaban.

Fue conducido a otra estancia, también de cemento, que tenía una mesa y varias sillas. En lo alto había un ventanuco por el que penetraba una luz clara, propia del sol. Mentalmente, Gard Cooper se preguntó si había dormido tanto como para haber pasado toda la noche inconsciente.

—Siéntese frente a la mesa, señor Cooper —le pidió el hombre escasamente alto, de las orejas amarillas.

Por otra puerta que poseía aquella estancia, mucho más amplia que la anterior, aparecieron tres encapuchados más. Sólo uno de

ellos portaba metralleta. Los otros dos, lo mismo que el de las orejas amarillas, utilizaban cinto con pistola colgando.

Uno llevaba un portafolios negro de menos de una pulgada de grosor.

El sujeto que tenía las manos libres y que aparecía más grueso que sus dos compañeros, aunque nada le distinguía, pues incluso usaba gafas oscuras que protegían sus ojos, se sentó frente Gard Cooper.

Con un buen inglés aunque con ligero acento germánico, le saludó.

—Bienvenido a Francia, señor Cooper.

—Perece que todos me dan la bienvenida, sólo que algunos tipos de saludo no me agradan.

—Lo comprendemos, señor Cooper. Insisto en pedirle excusas por el trato recibido, pero debemos de tomar medidas de precaución y protección.

—Ya veo que las toman. Estoy rodeado por cinco encapuchados, dos metralletas y tres automáticas.

—Sí, y usted, en cambio, no tiene nada aparte de su propio cuerpo para defenderse; ya sabemos que practica esa extraña lucha oriental tan de moda actualmente, llamada kung-fu.

—Veo que conocen algunas cosas sobre mí e imagino que han registrado mis ropas para asegurarse de que no llevo arma alguna.

—Exactamente, ni arma ni artillugio electrónico. Podría usted haber traído una máquina de fotografiar, algún magnetófono disimulado o un emisor de cierto alcance.

—¿Y qué pasaría si me hubiera tragado uno de esos aparatos? Dicen que los hacen tan interesantes como para llevarlos bajo la piel.

—No somos tan ingenuos, señor Cooper. Usted ha pasado ya por una pantalla de rayos X.

—Diablos no se les escapa nada, pero ¿puedo saber por qué estoy aquí y por qué tantas precauciones conmigo? De ordinario soy un tipo pacífico, claro que si me molestan demasiado me enfado. Por ejemplo, ahora podrían bajar los cañones de sus metralletas, ¿no les parece?

—Señor Cooper, estamos seguros de que lo que le interesa es un

trato y no crear complicaciones. De todos modos, jamás saldría de aquí con vida.

—¿Del reducto de ustedes, quiere decir?

—Exactamente.

—¿Puede decirme si estamos en el mismo París o en las afueras?

—Ha hecho muchas preguntas hasta ahora, señor Cooper, y es una lástima que no se las pueda responder. Vayamos al grano, eso sí nos interesa a ambos por igual.

—Vayamos al grano, pues —aceptó.

El hombre del portafolios lo mostró, diciendo:

—Éste es el maletín que usted nos entregó. Lo que hay dentro, por supuesto, lo hemos colocado nosotros.

Procedió a abrirlo, dejando al descubierto una colección de fotografías tamaño postal y a todo color.

Eran fotografías de armas cortas y largas; también de armas propias para la milicia, como bazookas, morteros, ametralladoras pesadas y misiles tierra-aire de corto alcance.

Tras cada fotografía, escritos a máquina, estaban los datos de cada una de las armas, incluidos modelos, pues había armas norteamericanas, inglesas, francesas, soviéticas, chinas, yugoslavas, checoslovacas y alemanas.

—¿Qué le parece, señor Cooper? Un perfecto muestrario de armas, ¿eh?

—Sí, es cierto. ¿Tiene algún álbum para coleccionar estos cromos? A mí, de pequeño, también me gustaba jugar a pegar cromos en los álbumes, lo malo es que siempre tenía «repes» y había que buscar a algún otro chico para cambiarlos.

Los encapuchados se miraron entre sí y el tipo de las gafas le replicó con su voz cascada, con algo de acento germánico:

—Es usted muy chistoso, señor Cooper. Los americanos nunca dejan de ser niños.

—Es una opinión suya. Por cierto, ¿a qué juegan ustedes?

—Señor Cooper, debe de confiar, no le tendemos ninguna trampa. Somos los auténticos proveedores Eiffel. No somos ninguna organización contraria o policial. Usted quería comprar armas, se puso en contacto con nuestro representante y éste comprobó que usted tenía con qué pagar.

—¿Ah, sí? ¿Y con qué, si es que yo mismo puedo saberlo?

—Esmeraldas. Ya ve, sólo nosotros podíamos conocerlo. Ustedes, los mercenarios profesionales, son muy astutos y así lo entendemos. Lo que no nos gustó es que nuestro enlace en América muriera accidentalmente —recalcó la última palabra.

—¿Ah, sí, y de qué murió?

—Después de enviarnos el mensaje, un coche lo atropelló, claro que lo hizo varias veces. Quedó bastante desfigurado según nuestros informes. No nos molestaremos demasiado por este incidente si todo sale bien, claro... De otra manera, podríamos molestarnos. Perder a un hombre siempre trae dificultades porque debemos escogerlos muy bien. Ahora, señor Cooper, ¿para qué país quiere comprar estas armas con las esmeraldas? ¿Para Colombia, Venezuela, Cuba tal vez? ¿O acaso las esmeraldas han sido compradas a los guaqueros de Colombia con dinero procedente de Oriente Medio o del África negra? Allí también se dan muchos golpes de Estado, claro que los mercenarios operan también en Asia. Indochina, por ejemplo, es terreno abonado.

Cooper comprendió que estaba metido en un buen lío y que si insistía en que no sabía nada de todo aquel asunto podría costarle un tiro en la nuca y el asunto se habría terminado.

Estaba frente a unos mercaderes clandestinos de armas, apátridas y a los que no importaba adonde fueran a parar estas mientras las pagaran bien.

—Comprenderán que si contesto a muchas de sus preguntas me convertiría en un bocazas —respondió evasivamente.

—Entendemos que es usted un mercenario, un sujeto al que gusta el dinero fácil para gastárselo luego en una diversión tan costosa como las carreras de Fórmula 1. Un buen coche vale entre ochenta y cien mil dólares americanos y luego, están los gastos adicionales. Por eso entendemos que trabaja para otros y que son otros quienes, a través de usted, pagarán. La verdad, suponíamos que tendría una idea fija sobre las armas que deseaba comprar.

—Es preferible conocer antes sus existencias.

—Bien, ahora que nos entendemos mejor, señor Cooper —admitió el encapuchado de las gafas—, podrá llevarse estas fotografías. No hay en ellas nada que pueda delatarnos, carecen de huellas dactilares y han sido realizadas en nuestros propios laboratorios. En fin, ni siquiera por los datos escritos podrían

identificarnos. Las máquinas empleadas fueron destruidas.

—Veo que toman toda clase de precauciones.

—Lo mismo que usted, señor Cooper. Ya nos lo demostró con la muerte de nuestro enlace.

—Ignoro de lo que me hablan con respecto a esa muerte. En cuanto a las fotografías, podría llevármelas si estuviera seguro de que ustedes son Eiffel.

—Puede estar convencido de ello y más lo estará cuando haga su pedido de armas de los modelos y procedencia nacional que desee. Ya entendemos que, en ocasiones, se compran armas y luego se dejan abandonadas en determinados lugares para reencontrarlas con gran despliegue publicitario, explicando que son soviéticas o imperialistas. De este modo, se justifican muchas cosas. No, no vamos a ser indiscretos. A nosotros sólo nos interesa servir y cobrar, por supuesto.

—¿Y las armas las traen ustedes de su procedencia oficial?

—Oh, no, las fabricamos nosotros, a excepción de algunos artilugios más complicados, como los que llevan los misiles portátiles. Ésos los pagamos a peso de oro a los traficantes que los sacan de su país de origen. El resto lo confeccionamos en nuestros talleres.

—¿Y qué ponen en el rótulo de entrada de sus factorías como tapadera? ¿«Fábrica de mondadientes metálicos para elefantes con colmillos cariados»?

—Muy chistoso, señor Cooper. Bien, ahora ya conoce el material entre el que puede escoger. Después le valoraremos el pedido y una vez hecho éste, un joyero de Ámsterdam intervendrá en el asunto para valorar sus esmeraldas.

—¿Cómo podré fiarme de su joyero? Las va a evaluar por lo bajo —objetó Gard Cooper, ya metido en la acción y queriendo dar verosimilitud a su postura.

—Admitiremos también a un gemólogo contratado por ustedes de solvencia reconocida, que tenga joyería abierta en Ámsterdam, Londres o París. Uno de cada lado podrá regatear, aunque estimo que no llegaremos a ese extremo. Me parece que es justo, ¿no?

—Bien. ¿Ya me puedo largar?

El ayudante del hombre de las gafas cerró el maletín. Gard observó que también usaba guantes para no dejar huellas y otro,

por detrás de Cooper, le entregó un estuche de cuero negro.

Al abrirlo quedó al descubierto una aguja hipodérmica y dos ampolletas. Gard las miró con recelo.

—No tema, señor Cooper, no sufrirá daño alguno.

—¿Es imprescindible otro pinchazo?

—Estimamos que sí, señor Cooper. Usted es un hombre listo y podría tomar referencias de este lugar y la forma de llegar a él aunque le cubriéramos los ojos con una venda. El método más seguro de traslado es el que usted lo haga dormido.

—Si no queda otro remedio, es mejor pacíficamente que a la tuerza.

Notó el pinchazo y el narcótico que habría de sumergirle en el mundo de los sueños comenzó a penetrar en su cuerpo.

CAPÍTULO III

Aquello que estaba viviendo no era una pesadilla, sino algo más agradable.

Se hallaba en una habitación pintada de *beige* claro y allí, coqueta y provocativa, estaba Penélope. Cogiéndolo por el cuello, lo besaba con una exquisitez que se le podía dar sobresaliente en el arte de amar.

Un ruido estruendoso, capaz de perforar la más dura membrana de tímpano, le arrancó brutalmente de su sueño. Aquel ruido era el timbre insistente de un teléfono.

Sin abrir los ojos, como si tuviera miedo de que se le escapara aquel agradable sueño, estiró su mano en busca del teléfono. Pero no halló nada aparte del aire y siguió tanteando, más para cortar los timbrazos que porque le interesara quién pudiera llamarle.

De pronto, el timbre dejó de sonar y una voz que conocía muy bien, dijo:

—*Aló*, ¿quién es?

Gard Cooper abrió los ojos, parpadeó y se levantó a medias, encontrándose tendido en un sofá frente al dormitorio de la lujosa *suite del hotel en París*.

Sentada en la cama, cubierta con una graciosa camisa de dormir de seda natural de color salmón fuerte, se hallaba nada más y nada menos que Penélope, respondiendo en el teléfono marfileño que había sobre la mesita de noche.

—Gard, *mon amour*, ¿estás despierto?

Él la observó con ojos incrédulos. No sabía aún si estaba despierto o soñando. Se vio vestido con los pantalones y el jersey, se levantó una manga rápidamente y descubrió el punto de la inyección.

—Te llama un tal Waldemar —le dijo Penélope mientras tapaba el micrófono con su mano.

Al mirar hacia la ventana, pese a la cortina que la cubría, Gard Cooper se dio cuenta de que era de día. Comprobó en su reloj que eran las dos de la tarde y exclamo:

—¡Pobre Waldemar!

En pocas zancadas, pues sus piernas eran largas, llegó hasta la cama. Se dejó caer en ella sentado y tomó el teléfono de la mano de la francesita.

—¿Waldemar?

—Sí, Gard, aquí estoy.

—Disculpa, disculpa por lo del cheque...

—¿De qué disculpas hablas, Gard? Te llamaba para decirte que ya he llegado a Le Mans y me he topado con un tipo que nos proporcionará buen alojamiento. Luego te llamaré de nuevo para darte la dirección exacta.

—¿Cómo dices, que has recibido el cheque?

—Pues claro, un cheque por cinco mil francos, lo que acordamos ayer noche.

—¿Y de veras lo has recibido bien, en la oficina de la aduana de Calais?

—Sí, no pases apuros. Tengo el tanque del «Ford» lleno para arrastrar el furgón hasta donde haga falta y también me han dado ya boletos para el carburante de tu «Matra Ford», es decir, del carro.

—Bien, perfecto. Cuando tengas la dirección y esté todo instalado, me vuelves a llamar al hotel.

—Correcto. Si no te encuentro a ti, le daré el mensaje a Guru-Min-Bu. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. —Y cortó la comunicación.

Gard Cooper quedó pensativo y observó el teléfono con atención. Lo zarandeó, lo movió de un lado a otro, lo miró por debajo y al final optó por abrir el micrófono desenroscándolo.

Allí, pegado con tela adhesiva, descubrió un minúsculo artilugio electrónico que arrancó de inmediato.

—Maldita sea, estoy siendo espiado por una chinche electrónica.

Se volvió hacia el otro lado de la cama para atrapar a la bella y rubia Penélope, más solo halló un lecho cálido; el cuerpo de la francesita ya no estaba allí.

—¿Ocurre algo, *mon amour*? —preguntó ella desde el cuarto de

aseo.

A Cooper le brillaban los ojos en aquel momento. Estuvo a punto de proferir un rugido pero se contuvo. Si rugía, la paloma volaría y parecía muy escurridiza.

Se dirigió al baño. Ella, que ya vestía falda y blusa, terminaba de subir las discretas cremalleras que ajustaban las botas de caña ultra larga, ciñendo sus bien torneadas piernas.

—Oye, encanto, ¿tú pusiste este aparatito en mi teléfono?

—¿Un aparatito? No sé de qué me hablas, Gard. ¿Has dormido mal?

Él, furioso, estiró su mano y la cogió por el largo cabello rubio. Ella no se asustó lo más mínimo. Le largó una mirada de víctima holocáustica que lo desinfló, al tiempo que preguntaba con su dulce acento:

—¿Vas a pegarme, *mon amour*?

Gard la soltó y tomando como asiento la tapadera del water, con este debajo, quedó frente a ella que estaba sentada en el taburete.

—Mira, preciosa...

—¿Qué pasa, Gard, ya no te acuerdas de mi nombre? ¿Acaso te parece muy largo?

—No, Penélope es muy bonito, pero escúchame bien: Yo soy Gard Cooper, corredor de Fórmula 1, de coches de carreras. ¿Tú entiendes?

Ella lo miró fijamente y luego tendió sus manos para cogerle el rostro, besándolo en ambas mejillas.

—Pobrecito, Pobrecito. Parece que te han afectado mucho los narcóticos.

—Mira, encanto, yo no quiero líos. Les dices a tus amiguitos los Eiffel que se pueden ir al cuerno.

—¿Mis amiguitos los Eiffel que se vayan al cuerno? No entiendo nada. ¿No sería mejor que tomaras un baño sedante y te fueras a dormir otra vez?

—Vas a conseguir que me salga de mis casillas, preciosa Penélope. ¿Quién te mandó para que me dispararas el dardo narcotizante?

—Oh, eso es un secreto y yo sé guardar muy bien los secretos, *mai amour*.

—Pues, mira por dónde yo quiero que seas indiscreta. Al fin y al

cabo eso es lo que se supone generalmente que es una mujercita como tú.

En aquel momento llamaron a la puerta de la *suite*. *Penélope miró hacia la salita. Desde el cuarto de aseo no podía verse la puerta de entrada.*

—Será mejor que abras, a lo mejor te traen un telegrama urgente —sugirió la chica—. Además, si te ven sentado en el sanitario se van a reír mucho.

—¿Y quién iba a verme, si la puerta está cerrada?

—Los empleados del hotel, *mon amour*. Ellos siempre llaman primero para saber si el cliente está dentro. Si no responde, entran a recoger, a limpiar y a hacer la cama.

—Por todos los diablos, estoy harto de ir por los hoteles. No necesito lecciones de una viborilla como tú, por muy coqueta y bonita que resultes.

Al abrir la puerta se encontró con el rostro inescrutable y casi inexpresivo del mestizo de chino e hindú.

—Guru-Min-Bu...

Aquel oriental de cabeza totalmente rapada y que ahora vestía una chaqueta deportiva color rojo oscuro, lo mismo que sus pantalones, replicó:

—Por tu cara podría decirse que has visto al mismísimo Satanás.

—Guru, ¿por qué no me has llamado antes?

—Por ese cartelito.

Señaló la cartulina que colgaba en el pomo exterior de la puerta. Gard leyó las palabras impresas del propio hotel «NO MOLESTEN» y un añadido que indicaba: «HASTA PASADO EL MEDIODÍA».

—No molesten, y ahora comprendo por qué.

—¿Por qué, qué? —inquirió Gard.

Siguiendo la mirada del asiático que pasaba por su lado, descubrió que en la salita estaba Penélope ajustándose la chaqueta y tomando su bolso de mano mientras sonreía. Sus cabellos estaban sueltos y llevaban la boina en la mano.

—Oye, Guru, no pensarás que yo...

—Es lo más lógico pensarlo, ¿no? Podría soltarte varios proverbios chinos que se adaptan a esta situación; sin embargo, bastará recordarte que si me hubieras hecho caso ahora estarías menos nervioso.

—¿Caso a qué?

—A tomar una ducha a dos grados Celsius. El agua fresca es lo mejor.

—¡Al diablo!

—Está muy irritado desde que ha despertado —comentó la fémima—. Por cierto, Gard, ¿por qué no me presentas a tu amigo? Tiene un aspecto muy interesante.

—Señorita —dijo reverencial el asiático— me llamo Guru-Min-Bu, soy maestro en yoga, kung-fu,

karate y otras ciencias orientales. Si cuando acabe mi contrato con el señor Cooper puedo servirla en algo, estaré a su disposición.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta, aunque me temo que yo no gano tanto dinero como Gard. Ahora, disculpen, debo marcharme.

Quiso pasar por entre los dos hombres, pero Cooper la retuvo cogiéndola por el brazo.

—Espera, tú y yo tenemos que hablar mucho.

—Mon amour, estás muy nervioso. —Le dio un beso en los labios mientras Guru-Min-Bu, para no estorbar, se internaba en la estancia y tomaba aquel portafolios negro.

—Oye, Gard, ¿esto es tuyo?

Al volverse y ver aquel maletín que debía de contener todas las fotografías de las armas, se alertó.

—¡Eh, aguarda, no toques eso!

—¿Qué pasa, tiene plástico detonante dentro?

—Nunca se sabe. Hoy en día le envían a uno regalitos muy raros, ella te lo dirá.

Señaló con la mano hacia la puerta, pero allí ya no estaba Penélope.

CAPÍTULO IV

Gard Cooper había dejado a Guru-Min-Bu en el hotel con unos encargos que llevar a cabo y él, por su parte, se había dirigido a la Embajada norteamericana donde debía realizar unas gestiones respecto a su profesión como piloto de carreras de fórmula 1.

Se había llevado el portafolios, de apariencia lujosa y bastante estrecho, repleto de aquellas comprometedoras fotografías de armas, un auténtico catálogo de uno o varios proveedores, pues ignoraba si era un solo financiero sin escrúpulos o bien formaban un clan para la fabricación de armas clandestinas de distintos modelos, comprometiendo de esta forma a terceros países, según conviniera.

Luego, a la Prensa internacional siempre le resultaba fácil acusar a una facción revolucionaria de poseer armas yanquis, soviéticas, chinas o de cualquier otra nación.

Por unos momentos, Gard Cooper había tenido la idea de explicar en la Embajada norteamericana cuanto le había sucedido, por ello se había llevado las fotografías. Más, una vez dentro de las dependencias y tras hablar con el embajador en persona, quien le recibió muy amablemente, no se separó del maletín.

Se dijo que no iban a creerle, que lo tomarían por un loco o cuando menos por un ambicioso de la publicidad fácil. Por otra parte, siempre quedaba el peligro de que sospecharan de él y le pusieran trabas de pasaporte, no siéndole fácil entonces recorrer Europa.

Un taxi se puso a su alcance y lo tomó.

—Al hotel Empereur Soley —pidió.

—*Oui, monsieur.*

El chófer, un sujeto de grandes bigotes y que usaba gafas totalmente redondas y oscuras, reanudó la marcha. El coche era un «Citroën» D. S., modelo Tiburón, que se alejó suavemente de la

Embajada.

Se introdujo por el centro de la Ville Lumière utilizando la rue Royal. Luego tomó el *boulevard* de la Madeleine y un semáforo les detuvo.

El taxista se movió hacia Gard y chapurreó en dos idiomas:

—*Excusez moi, monsieur, this moment.*

Acto seguido, salió del coche accionando un resorte.

Gard Cooper le vio andar hacia un puesto de venta de periódicos y no le dio importancia hasta que el rojo se apagó para dar paso al verde. Todo había sucedido con rapidez y, de pronto, los cláxones de los otros vehículos pidiendo paso comenzaron a hacer sonar su estridente musicalidad.

Gard miró hacia el quiosco; allí no se veía ya al chófer y tuvo la sensación de que, además del taxímetro, se estaba escuchando otro tictac. No lo pensó dos veces.

Trató de abrir la puerta pero fue inútil, estaban todas bloqueadas por algún resorte secreto. Aquel coche era una trampa y si no salía de ella, resultaría mortal.

Saltó por encima de los respaldos del asiento delantero y golpeó fuertemente con sus tacones el cristal parabrisas. El vidrio se tomó opaco y luego saltó hecho añicos. Gard salió prácticamente del automóvil con los pies por delante, pero lanzado por encima del capó. Cayó sobre el asfalto delante del «Citroën» en forma espectacular cuando el auto estallaba. Rodó sobre sí mismo mientras los hierros se retorcían en todas direcciones y el taxi quedaba convertido en una bola de fuego.

Gard no había abandonado el maletín comprometedor. Comprendió que vendría la policía y comenzaría a hacer preguntas desagradables.

Ahora sí le creerían, más ¿qué pasaría con él? Sospecharían que, efectivamente, era el mercenario traficante en armas que compraba a los traficantes clandestinos en Francia con esmeraldas, posiblemente robadas o cuando menos sacadas de forma fraudulenta del país originario.

En medio de la gran explosión que había causado una alarma y a la vez una gran expectación en plena calle, pues hasta los automóviles cercanos recibieron parte del fuego del «Citroën» sabotado. Gard corrió por la calle, alejándose en dirección a

Montmartre. Mientras, los ocupantes de los vehículos afectados trataban de sofocar el incendio con sus extintores particulares.

Alguien gritó, señalándole. Él mismo se dijo que con un maletín negro en la mano y huyendo de aquel coche envuelto en llamas, como mínimo lo tomarían por un espía internacional.

Apenas le persiguieron unos metros. Consiguió zafarse de sus perseguidores por unas viejas callejuelas y al fin se introdujo en una cafetería donde, a juzgar por los rostros, abundaban los turcos.

—Un *brandy*.

Se tomó el licor y dejó pasar unos minutos. Se cercioró de que nadie podía seguirle y abandonó el local, caminando por las calles de Montmartre, siempre vigilando de reojo por si era seguido. Allí vio a turistas embobados frente a pseudo-pintores de las más diversas nacionalidades y con el aspecto más sucio y pringoso que se pudiera imaginar.

Se introdujo en la boca de Metro de la estación de Chateau d'Eau y poco después era transportado por el ferrocarril subterráneo de París a gran velocidad.

Cuando estuvo bien seguro de que no era seguido, salió al exterior.

Tomó otro taxi, esta vez asegurándose de que el auto no le aguardaba a él precisamente y pidió que le condujeran al hotel Empereur Soley.

Molesto por el intento de asesinato de que había sido objeto, pasó por conserjería y recogió su llave, preguntándose quién le estaría esperando en aquella ocasión dentro de su *suite*.

Se dirigió a los ascensores y tomó uno de ellos en el preciso momento en que otro hombre de estatura mediana, con gorrito de fieltro y plumita en la cinta, hacia lo mismo.

Aquel sujeto tenía el cabello entrecano, tirando más a blanco que a negro y su albinismo no era por falta genética de pigmento en los cabellos, sino por edad.

El ascensor se puso en marcha cuando aquel hombre, mostrando la pipa que acababa de sacar de su bolsillo, preguntó en perfecto inglés, con apenas un ligero deje francés:

—¿Le molesta que fume, señor?

—Oh, no, fume cuanto quiera.

—Gracias, señor Cooper.

Gard le miró fijamente e inquirió después:

—Parece que me conoce, ¿no es cierto?

—¿Quién no ha oído hablar del gran corredor de automóviles Gard Cooper? Algunos le llaman el suicida del asfalto —le dijo sonriente, con una mirada tranquila en su rostro surcado por arrugas, pero meticulosamente afeitado.

—Supongo que mucha gente no me conoce.

—Si no fuera así, las casas de publicidad no le pagarían porque usted luciera anuncios.

—Cada cual se gana los «pavos» como puede, ¿no cree?

—No, si no le hago ningún reproche, pero debe andarse con mucho cuidado.

Gard lo observó aún más fijamente. Aquel hombre de aspecto apacible parecía saber más, mucho más.

—¿A qué se refiere al sugerirme que ande con cuidado?

—Un piloto de carreras siempre está expuesto a morir dentro de un coche. No hace mucho que usted ha pasado por el peligro de morir abrasado.

El ascensor se detuvo y el propio Cooper pulsó el botón de planta, quedando en todo momento a solas con aquel desconocido dentro de la cabina.

—¿Y cómo sabe usted tanto?

—Yo sé muchas cosas, señor Cooper, es mi obligación.

Tras expulsar una bocanada de humo, le mostró un carnet que rezaba: Inspector Gabeau, de la Sûreté, departamento de Interpol.

—Para servirle, señor Cooper.

—De modo que la Interpol me está vigilando.

—Digamos que sólo observando.

—No me diga que ha sido usted quien ha visto lo del fuego en el coche...

—No, no he sido yo. Posiblemente usted, al huir del lugar del suceso, ha tomado precauciones para no ser seguido.

—Precauciones que, por lo visto, han sido inútiles.

—Sabiendo que usted, tarde o temprano, regresaría al hotel, sí, señor Cooper.

—¿Entonces, un agente que me seguía le ha llamado a usted aquí?

—Eso es, señor Cooper.

—Oiga, ¿por casualidad su agente no ha reconocido o ha visto dónde se escondía ese taxista hijo de su madre que me ha preparado el jueguecito del coche que hace «pum» y luego «fuego»?

—No. Vigilándole a usted, el sujeto en cuestión ha volado, pero tenemos su descripción.

—Eso no es gran cosa, yo también la tengo.

—Pero nosotros poseemos dos millones y medio de fichas y usted no tiene más que su cerebro que, sin afán de ofenderle, es reducido comparado con nuestras computadoras de identificación.

—Eso espero que me lo demuestre identificando a ese hombre. Por cierto, me gustaría saber por qué quería ese tipo hacerme cruzar la barrera que separa el mundo de los vivos del de los muertos.

—Eso nos lo tendrá que aclarar usted, señor Cooper. ¿Cuál es el problema?

—Diga, inspector, si usted me sigue es porque sabrá de qué problema se trata, digo yo, salvo que me sigan para divertirse.

—Parece usted alterado, señor Cooper. Es lógico, después de sufrir un atentado cualquiera lo está.

—Oiga, inspector, yo no estoy nervioso y quiero saber por qué me andan siguiendo los de la Interpol. ¿Acaso cree que soy un traficante de drogas internacional?

—No, no sospechamos de usted en tal sentido.

—Entonces, ¿en qué aspecto sospechan?

—En ninguno. Bueno, hay un detalle.

—¿Cuál?

—Su amistad con una rubita llamada Penélope.

—Eso ya comienza a ligar. ¿Quién es Penélope?

—Eso nos lo podrá decir usted, que ha pasado la noche con ella.

—¿Yo?

El inspector Gabeau carraspeó. Luego, dando una chupada a su pipa dijo comprensivo:

—Los franceses no somos muy mojigatos. En fin, refiriéndome a Penélope, se sospecha...

—¿El qué?

—Pues, que está mezclada con una banda internacional dedicada a la venía clandestina de armas. Le seguimos la pista por ello. Deseamos atraparlos, el prestigio de Francia sale perjudicado

por culpa de esos mercaderes de la muerte, pero no sólo es Francia la que sufre por su causa, sino el mundo entero.

—¿Y qué harán con ellos, si logran atraparlos?

—Meterlos en un barco en la dirección que ellos elijan. El avión es demasiado caro y peligroso para terroristas que puedan tener la idea de sabotearlo.

Esta vez, el ascensor se paró en la sexta planta y Gard Cooper puso el pie para evitar que las puertas automáticas volvieran a cerrarse por sí mismas.

—Es un placer para mí que la Interpol me siga, pero me gustaría más que me ayudara en momentos apurados como el del coche que ha hecho «pum» y «fuego». Buenos días, inspector Gabeau.

—¡Eh, oiga, usted no me ha contado nada!

Gard había soltado la puerta automática y ésta se cerró nuevamente, dejando al inspector de la Interpol encerrado en el elevador mientras otro huésped del hotel, ya molesto, tenía el dedo hundido en el botón de llamada del ascensor en la planta baja.

La cabina comenzó a bajar inmediatamente, llevándose al ahora pensativo inspector Gabeau fumando su pipa.

CAPÍTULO V

Ya no le cabía duda alguna, estaba metido en un buen lío del que le iba a ser muy difícil salir. No se le pasaba por alto que en aquellos líos, los que significaban un obstáculo, era eliminados por la vía rápida con un tiro en la nuca y se trataba de dejar casi siempre a la policía al margen de todo, ya que solían estar implicados varios Gobiernos. En aquellos momentos, Gard Cooper ignoraba qué Gobiernos podían ser; sólo sabía que había alguien interesado en comprar armas a toda costa y otros que querían venderlas también a toda costa.

La moneda de transacción comercial, por llamarla de alguna forma, era un alijo de esmeraldas, Dios sabía de qué procedencia. Lo malo de todo era que a él lo habían confundido con el comprador cuando en su vida había poseído una sola de las verdes piedras preciosas.

Abrió el maletín y repasó aquellas fotografías que sólo tenían sus propias huellas, ya que los fabricantes y traficantes clandestinos de armas tenían buen cuidado de no dejar huella o prueba alguna que los delatara.

Las armas parecían muy interesantes y las había de todos los modelos. Se podía armar a un grupo de terroristas o a una guerrilla entera si el pedido era adecuado y si se deseaba podía aparecer como que las armas tenían procedencia rusa o americana, a gusto del consumidor, pues para el guerrillero resultaba igual un arma que otra mientras pudiera destruir sus objetivos con ellas.

Aquel portafolios de cuero que le habían dicho era suyo, resultaba sumamente comprometedor y pensó que debía ocultarlo en alguna parte mientras averiguaba cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Si a él lo habían confundido con el comprador, el verdadero comprador estaría buscando el maletín para poder hacer su pedido

y habría de resultar muy interesante conocer quién era el sujeto en cuestión.

De pronto, se dijo que el mejor sitio donde podía estar un maletín de aquellas características era en la mesa.

Pasó su mano por debajo del armazón de madera de caoba tallada que tendría un espesor de unas tres pulgadas y tocó el mármol que constituía el tablero.

Por su parte inferior no estaba tan pulido como la superior, pero sí estaba fijo y, por lo que dedujo Cooper, tendría un espesor de aproximadamente una pulgada, por lo que se dijo:

«Quedan dos pulgadas, pues el maletín sólo tiene aproximadamente una de grosor. Si encuentro en el botiquín tela adhesiva, todo irá de perlas».

El hotel era de gran lujo y el pequeño botiquín que contenía no le defraudó. El esparadrapo era de una anchura considerable y comenzó a estirarlo y a pegarlo al maletín tras volver la mesita patas arriba.

Cuando hubo consumido toda la tela adhesiva, volvió la mesita de algo más de un pie y medio de alta, temiendo que el esparadrapo no fuera suficiente para sostener el peso del portafolios y éste se desprendiera. Mas, no sucedió tal cosa, el maletín quedó bien fijado bajo la mesita, oculto a la mirada de quien pudiera husmear por la *suite*.

En aquel momento llamaron a la puerta. Gard Cooper dio una última ojeada a la mesita para asegurarse de que el maletín no podía verse desde ninguna parte a menos que uno se tendiera en el suelo o palpara la mesita por debajo.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Estás muy raro estos días, Gard.

—Hola,

Guru-Min.

¿Cómo van tus duchas de agua fría?

—Bien, me conservo tal como deseo. ¿Sabes algo de Waldemar?

—Sí, ya está instalado en Le Mans.

—¿Partiremos pronto hacia allá?

—Posiblemente. Antes tengo que arreglar algunas cosas aquí en París.

—¿Faldas?

—Eres muy mal pensado.

El oriental sonrió enigmáticamente. Era muy difícil descubrir lo que se escondía tras aquellos ojos oscuros y pequeños que eran la llave de un cerebro muy distinto en su forma de pensar al de cualquier occidental.

—Guru-Min-Bu, yo te pago para que me ayudes a relejarme antes de las carreras con tus técnicas de yoga; también me sirves como masajista y como «agente», es decir, guardaespaldas, aunque me basto yo sólo para cubrirme.

—Sí, pero un hombre tan famoso como tú necesita muchas veces a alguien que contenga a los admiradores para que pueda respirar y también a alguien que vigile el «carro» para que nadie tenga la maldita ocurrencia de estropear una pieza antes de iniciar la carrera para que, además, de tener la posibilidad de perder, convertirte en un angelito rodeado de llamas por todas partes.

—Sí, todavía recuerdo cuando en Indianápolis aquellos dos sujetos pagados por un colega desaprensivo intentaron malearme el coche para que me matara en carrera. Les diste una buena paliza.

—Hice lo que pude dentro de lo poco que sé de lucha oriental.

—¿Poco? Ojalá supiera yo tanta como tú. Eres cinturón negro en judo y karate y, por si fuera poco, dominas perfectamente la técnica del kung-fu.

Si no los mataste fue porque tienes una mente fría, calculadora.

Puedes estar rompiendo un hueso y sabes en qué momento debes detenerte para que el hueso quede roto limpiamente y no se dañe la carne o para evitar hemorragias interiores que podrían causar una muerte posterior, lo que te acarrearía problemas con la justicia. A todo esto, lo que yo quería era hacerte una pregunta.

—Puedes hacerla cuando gustes. Yo no tengo prisa alguna.

—Si yo me viera en problemas, ¿hasta dónde llegarías tú para ayudarme?

—Esa pregunta está fuera de lugar, Gard. Sabes que el dinero es lo que menos me interesa. Si fuera tan sólo por dinero, no te acompañaría por el mundo. Yo voy a tu lado porque sé que eres un victorioso y uno de mis defectos es el de arrimarme a la gloria para inundarme de su luz.

—¿Debo entender que si me meto en un lío puedo contar

contigo para que me ayudes?

Guru-Min-Bu no tuvo tiempo de responder, el timbre del teléfono sonó estridente. Como el aparato que estaba en la salita era supletorio del otro que había en la mesita de noche, la desahorquilló y preguntó mecánicamente:

—¿Diga?

—Hola, Gard Cooper.

—Oiga, ¿quién es usted?

—Me llaman Pope, pero no soy ruso, no tema. Soy norteamericano como usted.

—¿Y a mí qué me importa? Supongo que somos muchos los norteamericanos que estamos en París.

—Efectivamente, pero usted y yo podemos tener un negocio de esmeraldas. ¿Qué le parece?

Gard miró a los ojos de Guru-Min-Bu que se hallaba a unos tres o cuatro pasos de donde él se hallaba. En los ojos del oriental no encontró ninguna respuesta.

—La esmeralda no es mi piedra favorita, pero reconozco que es muy valiosa.

—Sí, muy valiosas. Le espero en la *boîte Chuchumeco*.

—¿La *boîte Chuchumeco*, y dónde está eso?

—Búsquela, allí le estaré esperando.

Aquel tipo que se había presentado como Pope y que hablaba en inglés con acento latino, propio del sur de los Estados Unidos o de emigrantes latinoamericanos residentes en Norteamérica, colgó.

—¿Algo interesante, Gard?

—Sí, tenemos una invitación. ¿Qué te parece si vamos a la *boîte Chuchumeco*?

—Eso no me suena a francés ni a inglés.

—Yo diría que es latinoamericano, pero si lo vemos con nuestros propios ojos lo sabremos mucho mejor. Tengo el deber de advertirte que a lo peor nos cobran la consumición a navajazos.

—Lo tendré en cuenta —respondió Guru-Min-Bu, al tiempo que su mano caía de canto sobre lo alto del respaldo de la butaca.

El armazón se partió por la mitad.

CAPÍTULO VI

La boîte Chuchumeco se hallaba ubicada en el barrio latino de París y no era un local de lo más recomendable. Durante el día permanecía cerrado y al pasar junto a sus puertas de madera despintada, cualquiera podía pensar que se trataba de un comercio sin categoría alguna.

Sin embargo, cuando llegaba la noche, sus puertas se abrían y se encendían las luces que hacían destacar sus rótulos.

Gard Cooper y Guru-Min-Bu se internaron en el local tras cruzar un vestíbulo tapizado de fotografías de cuantas chicas podían haber actuado en el local.

La boîte no estaba llena, pero tenía bastante público. La mayoría de las caras eran latinoamericanas. Había negros, cholos, y blancos de aspecto latino.

Se situaron en una mesa cercana a la pista elíptica donde solía desarrollarse el *show*, una pista de *parquet* oscuro con multitud de marcas producidas por colillas encendidas.

Dos mulatos se colocaron al borde de la pista y con bongos y un tambor hecho con un tronco, comenzaron a tocar una música rítmica que pareció agradar al público que se hallaba inmerso dentro de una atmósfera densa, húmeda y fuertemente olorosa a tabaco, aunque un olfato experto habría detectado también olor a marihuana.

De pronto apareció en la pista una enorme iguana que correteó ondulante. Pero, aquel animal que hizo gritar a algunas mujeres, no inspiró miedo a nadie, pues se veía muy a las claras que era una persona disfrazada de aquel enorme lagarto centroamericano.

El animal, dentro de lo grotesco, resultaba gracioso y hasta sensual.

—¿Estará por aquí Pope? —se preguntó en voz baja Gard Cooper.

—¿Pope, quién es Pope? —inquirió Guru-Min-Bu.

—Todavía no lo sé, pero es muy posible que aquí haya jaleo dentro de un rato.

—Sí, habrá proxenetas, drogadictos, traficantes, ladrones, etcétera, y algunos turistas despistados que al regreso a sus ciudades no sabrán cómo explicar que en vez de a un espectáculo de cancan han visto unos números eróticos afroamericanos.

Acababan de aparecer tres mulatos musculosos y con las pieles engrasadas para que brillaran más bajo los focos. Alguno de ellos tenía el color más oscuro que los otros, pero los tres se parecían.

Uno de los mulatos, el más alto y fuerte, agarró por las patas delanteras a la supuesta iguana y la levantó de cara al público, es decir, pegando la espalda del animal contra su pecho.

El ritmo del
tam-tam

se hizo cadencioso y uno de los mulatos sacó un enorme cuchillo que blandió en el aire mientras el tercero daba saltos de alegría por la suerte en la cacería.

El bailarín del cuchillo abrió de golpe y en canal el vientre de la iguana, de arriba a abajo.

Casi como en una metamorfosis, del interior de la piel saltó una joven cuarterona que podía estar muy agradecida a la madre naturaleza por la anatomía con que la había dotado.

La mestiza rezumaba sensualidad. Bailó escapando de los mulatos que simulaban querer atraparla, manteniendo su rostro oculto bajo la máscara de iguana en su número de *striptease*.

Apareciendo su rostro, casi blanco, de largos y frondosos cabellos azabaches que se desbordaron sobre sus hombros desnudos.

Hizo un saludo y recibió una salva de aplausos, agradeciéndolos con una sonrisa de su boca de labios atractivos. Súbitamente, las luces se apagaron como dando culminación al número.

Gard Cooper sintió de pronto el contacto de aquella piel suave y cuidada.

La chica del striptease lo besó en los labios, fue casi un ardiente mordisco, pero resultó tan rápido como el paso de un tornado. Acto seguido, musitó:

—Ven conmigo, Pope te espera.

Ella, que parecía ver en la oscuridad, le cogió de la mano y Gard Cooper, al levantarse de la silla, se dirigió al oriental para decirle:

—Espérame aquí, Guru-Min-Bu.

La chica le condujo por un corredor al tiempo que cogía al vuelo una bata para cubrirse. Abrió una puerta, quedó un espacio de unos dos pies de ancho, suficiente para permanecer escondida una persona, y abrió otra puerta, como si aquella estancia tuviera una gran seguridad con aquellas dos puertas tan pegadas la una a la otra.

Entraron en un camerino no muy grande pero sí lleno de colorido, con un catre, un biombo, dos butacas y muchas fotografías clavadas con chinchas a las paredes.

Sentado en una de las butacas había un hombre que le observó sonriente, seguro de sí mismo.

—Buenas noches, Cooper. Es un honor para mi conocer personalmente a un campeón del automovilismo.

La chica que había actuado como si fuera una iguana se refugió rápidamente tras el biombo para vestirse.

—¿Es usted Pope?

—Sí. Usted ya verá que soy latinoamericano y lo de Pope parece ruso, pero la verdad es que mi pasaporte es tan yanqui como el suyo.

—No sé por qué habría de preocuparme su nacionalidad.

Jugando con su sonrisa de suficiencia, aquel tipo que se hacía llamar Pope, lo que no debía de ser más que un alias para ocultar su verdadero nombre o para darse a conocer dentro del mundillo de los bajos fondos de París y quizá de otras muchas ciudades y naciones, replicó:

—Pero, usted, ha venido a verme. Le interesan las esmeraldas, ¿no es cierto?

—Vamos, Pope, ¿qué se trae entre manos? —le inquirió entre apremiante y agresivo.

El tal Pope se volvió hacia el biombo por encima del cual aparecía la cabeza de la sensual cuarterona.

—Anacondita, lárgate. El yanqui y yo tenemos que hablar.

—Cooper, luego estaré en la sala y a mí me llaman Anacondita. Ya sabes, la anaconda es una serpiente muy gorda que se come enteros a los hombres y más si son guapos como tú —le dijo acariciándole el tórax por encima de la camisa al tiempo que le rozaba los labios con los suyos sin llegar a besarlos.

Pope le dio una palmada en los bien formados glúteos. La chica dio un respingo, abrió la puerta y al salir entraron los tres mulatos que actuaron en la pista.

Eran altos, fornidos, y ahora portaban al cinto unos cortos machetes, muy afilados. Era paradójico encontrarse en una situación tan delicada como aquélla en mitad de París y frente a unos mulatos armados con machetes.

Podía pensar uno que se hallaba en cualquier lugar de la Amazonia, pero no en el casco antiguo de una de las ciudades más civilizadas de Occidente.

—Anacondita es una preciosidad y más con el color de ropa que usaba. ¿Le gustan las esmeraldas, Cooper?

—¿Pretende asustarme, Pope?

—Usted y yo no tenemos por qué ser enemigos. Tiene esmeraldas y a mí me gustaría comprarlas.

—Maticemos, Pope. ¿Le gustaría comprarlas o robármelas?

—Es usted muy suspicaz, Cooper —dijo levantándose de la butaca para acercarse a una librería donde lo que menos había eran libros. Sacó bebida y preparó dos vasos, ofreciendo uno a Gard que éste rechazó automáticamente.

—No tengo sed ahora.

—¿Teme que vaya a envenenarle?

—Pudiera ser. Ahora, dígame qué hacen esos tipos ahí. Puede decirles que se larguen, como a Anacondita.

—Los muchachos son convincentes cuando alguien se pone terco.

Se tomó de un solo trago la copa servida para él y luego, para demostrarle que no había pretendido narcotizarle, se bebió la segunda también de un trago.

—Entendámonos, Cooper. Yo sé que ha robado esas esmeraldas.

—¿Ah, sí? —preguntó siguiéndole el juego con aparente escepticismo.

—Sí, las ha robado a los g.uaqueros de la Amazonia. Últimamente aparecieron un nutrido grupo de esos esmeralderos asesinados, treinta y dos en total y se supone que eran los que más esmeraldas escondían entre sus ropas porque ellos, a su vez, las habían hallado, pero no notificado el hallazgo a su Gobierno y por tanto su negocio era ilícito. De modo que es un doble robo. Yo

puedo llegar a pagarle una buena cantidad por las esmeraldas y me encargaré de darles salida.

—Pope, para tener esa cara de imbécil parece muy enterado de todo.

Al sujeto que pretendía dominar la situación no le gustó el insulto. Hubo un movimiento de los tres mulatos para atacar a Cooper, pero Pope, auto dominándose, los contuvo con un gesto de su mano.

—Pone las cosas difíciles, pero yo puedo avisar a la Interpol y crearle problemas.

—¿Problemas para quién, para usted o para mí? Porque imagino que tiene las manos tan sucias como su alma.

—Yanqui, estoy harto de que me insultes, de tu fanfarrona soberbia. Sé que tienes las piedras y yo las quiero. Ofrezco comprar, pero podría llegar a tomarlas.

—¿Ah, sí, y sin pagar? —le preguntó con tanta socarronería que a Pope se le achicaron las pupilas de rabia.

Esta vez hizo un gesto diferente a los tres mulatos y éstos se acercaron a Cooper con intenciones poco amistosas.

En aquel instante, él iba a convertirse en la iguana perseguida, pero no en un grotesco *show de striptease*, sino en una *dramática aventura de los bajos fondos de París*.

Mientras, Guru-Min-Bu, ignorante de lo que ocurría, se hallaba en la sala fumando un aromático y extraño cigarrillo colocado metódica y cuidadosamente al extremo de una larga boquilla de auténtico marfil birmano.

CAPÍTULO VII

Los tres mulatos, que posiblemente no habían entendido ni una sola palabra de lo hablado entre Pope y Gard Cooper, debieron de pensar que siendo ellos tres y fuertes, les sería muy fácil reducir al campeón de carreras, golpearle hasta que Pope dijera basta y así tenerlo a punto para que respondiera a cuánto Pope preguntara en especial cuál era el paradero de las esmeraldas que pretendía conseguir.

Más, se llevaron una sorpresa.

Gard saltó a derecha e izquierda, fintándolos y entró en acción su forma especial de lucha, el

kung-fu

que le había estado enseñando Guru-Min-Bu y para el que Cooper, por sus dotes naturales de autodominio, poseía grandes facultades.

Uno tras otro fueron encajando golpes de manos, de codos, rodillazos y patadas. Gard Cooper no había tenido tiempo de quitarse los zapatos y por tanto, sus golpes resultaron mucho más contundentes y efectivos, lo que no gustó nada a Pope y tampoco a quienes los recibían, que optaron por desenfundar los machetes como réplica efectiva a aquella serie de golpes que resultaron de extremada dureza.

—¡No lo matéis, lo quiero vivo!

Pope, al ver caer totalmente desarticulado e inconsciente a uno de sus matones, pensó que la situación se ponía fea y que Gard Cooper era una auténtica máquina de precisión repartiendo golpes y esquivándolos a la vez.

Por ello, rompió la lámpara y aprovechó para escapar mientras Gard se defendía de los otros dos mulatos, ya visiblemente dañados, pero, por su fortaleza física, resistiendo cuánto podían y aún con los machetes en la mano.

Ya a oscuras, se escucharon gritos y respingos de dolor. Gard

golpeó una cabeza y luego, algo le salpicó la cara.

Por lo cálido de la salpicadura, dedujo que era sangre. Uno de los mulatos, en la oscuridad, había herido al otro. De pronto, le tocó la espalda. Antes de que el último que quedaba en pie se revolviera, los dos cantos de sus manos cayeron como hachas en la base del cuello de su enemigo, a derecha e izquierda del mismo.

El mulato se desplomó como un fardo, inerte.

Los últimos momentos de la pelea se habían desarrollado en la oscuridad. La última luz que Gard Cooper había visto era la de la puerta por la que había huido Pope hacia el corredor.

Luego se había producido un extraño ruido, algo así como el funcionamiento del motor de un ascensor y ahora se hallaba en un silencio completo, pero, de pronto, el silencio se rompió, escuchándose una especie de bufido continuado.

—Puede ser narcótico —se dijo, pero también puede ser gas natural mezclado con un aromático y si enciendo el mechero, voy a convertir el camerino en una auténtica bomba y de los tres mulatos y de mí no van a encontrar ni las suelas de los zapatos.

Tanteando tras desechar la idea de encender el mechero por si acaso aquel gas que le estaban proporcionando era explosivo, buscó la puerta pasando por encima de dos de los tres cuerpos inertes y pisando algunos de los objetos caídos durante la lucha, incluido el biombo, que había sido desencajado y partido por varios puntos.

Encontró al fin el pomo de la puerta. Comenzó a girarlo, más no cedió. Golpeó la puerta con su cuerpo, pero recordó que se abría hacia el interior del camerino, al contrario que la otra que conformaba aquella doble entrada.

Gard tuvo la ocurrencia de tantear el suelo hasta dar con uno de los machetes que tenía un lomo de unos tres o cuatro milímetros de grosor. Lo utilizó como palanca, hundiéndolo en la ranura de la puerta que la separaba de la jamba.

Forzó la hoja de madera, pero se partió el machete e insistió con el pedazo de hoja rota que había quedado unida a la empuñadura. Esta vez sí se desgajó la madera y la puerta cedió, astillándose ruidosamente.

Cuando Gard Cooper creía que ya había escapado a aquella situación, cuando sentía ya dentro de sus pulmones aquel gas que podía ser trágico, comprobó que lo que tenía delante no era una

salida.

Semejaba inaudito, pero ante él había un muro de ladrillos desnudos, macizos y bien unidos entre sí por argamasa que podía tener muchas décadas.

Aquella boíte Chuchumeco, que antes podía haberse llamado de otra forma o ser algún garito clandestino, le estaba gastando una broma muy pesada. Semejante pared no podía haber crecido de pronto, en mitad de la puerta.

Por unos instantes pensó en el narcótico en forma de gas que iba inundando el camerino. Trataba de respirar el mínimo para resistir, pero tener frente a sí un muro era demasiado.

¿Estaría sufriendo ya los efectos del gas narcotizante con que aquel tipo llamado Pope le había obsequiado?

Golpeó los ladrillos y se convenció de que no era una ilusión, que tenía delante una resistente pared donde al entrar había un hueco.

—Pope no ha podido pasar por aquí, es obvio —se dijo.

Siguió palpando la pared en busca de alguna otra puerta. Cabía la posibilidad de que se hubiera equivocado en la oscuridad. Estaba seguro de no haber visto ninguna otra puerta al entrar, pero podía haber otra tras el biombo que ahora se hallaba en el suelo.

Había dado la mitad de la vuelta al camerino, tocando incluso el catre, cuando encontró la salida del gas. Era una rejilla metálica cerca de la cabecera de la cama.

Gard Cooper arrancó la rejilla cómo pudo, y luego, cogiendo la ropa del lecho, taponó la salida del gas narcótico.

Ya había bastante acumulación de aquel gas nocivo en la estancia, pero, por el momento; podía resistirlo.

Obturada ya la conducción del gas, prosiguió su avance y llegó de nuevo a la puerta que había conseguido forzar con el machete.

No había duda alguna. El camerino sólo tenía aquella puerta y allí seguía la pared de ladrillos.

—¿Qué truco habrá aquí? —se preguntó tratando de concentrarse, pese a que ya se sentía algo narcotizado.

Recordó haber oído un ruido como de ascensor y se dio una palmada en la frente. No cabía duda alguna: Un motor se había puesto en marcha, un motor que había movido una pared, corriéndola, o bien era que todo el camerino había girado sobre un

eje y la pared que tenía delante, aunque lograra traspasarla, no le conduciría al corredor que había utilizado para llegar al camerino guiado por Anacondita.

Se dijo que, de una forma u otra, algo se había movido y que debía de intentar regresar lo que se había movido, fuera la pared o el camerino, a su posición original, escapando de aquella trampa.

Por ello, apoyó el talón derecho en la jamba que coincidía en el mismo pie y la puntera del pie izquierdo en la jamba opuesta.

Aplicó luego sus manos a la pared como pretendiendo hundir los dedos en ella y comenzó a empujarla al tiempo que ejercía presión, puesto que no tenía agarraderos posibles donde poder concentrar su fuerza.

Comenzó a sentir esperanza al percatarse de que sí se movía, más tuvo la impresión de que lo que se movía río era la pared sino el camerino, aparentemente cuadrado, pero que debía de ser circular y girar sobre un eje movido gracias a un motor, como si todo el camerino se tratara de un carrusel de feria.

Gard comenzó a sudar. Tenía que hacer toda la fuerza de que era capaz un hombre y más para vencer la resistencia de todo el peso del camerino y las correas o cadenas que debían de tensar los engranajes, pero el camerino se movía, se movía...

CAPÍTULO VIII

Al fin, notó que comenzaba a haber una fisura. Luego, ya fue un hueco por el que cabían los dedos. Los introdujo y cambió la posición para concentrar mejor su fuerza.

Pensó que si conectaban el motor en aquellos momentos posiblemente le aplastarían ambas manos, pero se arriesgó hasta que consiguió el hueco suficiente para pasar su cuerpo.

Se encontró de pronto que su pie estaba en falso y en esta ocasión sí se decidió a encender su mechero de gas. A la llama del mismo descubrió unos peldaños de piedra y al final de los mismos, una trampilla de acero con una cerradura que podía abrirse sin llave desde el interior, aunque ésta debía de utilizarse forzosamente por la parte exterior.

Abrió la cerradura y levantó la trampilla de acero. Los goznes gruñeron y escuchó un leve discurrir de agua.

—Las cloacas de París.

Alzó la tapa y, por suerte, ningún automóvil le pasó por encima.

Abandonó la alcantarilla y colocó de nuevo la tapadera. Después, trató de orientarse. Se hallaba en un callejón oscuro donde había basuras abandonadas y unos gatos se lo quedaron mirando fijamente, como si se tratara de un intruso que fuera a disputarles los desperdicios.

Salió del callejón.

No podía estar lejos de la *boîte Chuchumeco, con su portalón de madera abierto de par en par y sus grandes pósters en los que Gard ya podía reconocer a Anacondita como vedette principal.*

Vio desde lejos al portero chalaneador que abordaba a los transeúntes para convertirlos en posibles clientes, cogiéndolos en ocasiones incluso del brazo.

—¡Eh, tú!

Aquella especie de conserje voceador de las bellezas del

Chuchumeco le atendió rápidamente.

—Ah, pero usted ha entrado antes, ¿no? Soy buen fisonomista.

—No hagas preguntas. Aquí tienes unos francos y busca dentro a mi amigo. Dile que salga enseguida.

—¿A su amigo? —preguntó mirando los billetes que le entregaban y que resultaban una propina muy generosa.

—Sí, es un oriental que no tiene un solo pelo en la cabeza, te será fácil buscarlo. Ah, y dile que ya le tengo una chica fenómeno preparada.

—¿Una chica fenómeno? —preguntó receloso el portero.

—Sí, es que mi amigo es muy sibarita y tímido a la vez.

—¿Es cliente tuyo? —preguntó.

—Oye, ¿es que me tomas por un proxeneta? Trae los francos.

—No, no, enseguida le aviso —se apresuró a decir, guardándose el dinero en el bolsillo.

A Gard no le interesaba que le involucraran en la posible muerte de uno de los mulatos y allí dentro del local no tenía ya nada que hacer.

Aquel sujeto que se hacía llamar Pope y que al parecer no era otra cosa que un sucio reyezuelo del hampa internacional, quería las esmeraldas que, por lo visto, los tipos de las capuchas rojas también creían que poseía y que a su vez deseaban como moneda válida a cambio de la venta de armas clandestinas, para sólo Dios sabía qué ejército, guerrilla o mercenarios.

Gard Cooper había adquirido conciencia de que, por error o un hábil manejo de alguien, se había convertido en eje de una complicada trampa de tráfico internacional de esmeraldas y armas, llevado a cabo por tipos que le estaban resultando muy peligrosos.

Guru-Min-Bu apareció con cara desconcertada y acompañado por el portero del Chuchumeco. Éste buscó en derredor y al fin, Cooper se hizo notar saliendo de las sombras.

—Gard, ¿cómo estás aquí? No te he visto salir.

—He tenido problemitas dentro. Vámonos, es posible que la policía venga dentro de poco.

—¿Sangre?

—Creo que llevo las ropas manchadas de ella.

—¿Has matado a alguien?

—Oh, no, pero ha habido sangre, ya te explicaré luego.

—¿Crees que hay peligro inmediato?

—Yo ya estoy harto de que me tiendan trampas.

—¿Trampas, para qué?

—En otro momento te lo cuento, ahora vámonos.

—La chica que se te ha llevado era bonita de veras. Gard. Un occidental como tú no suele resistirse a los encantos de una joven cuarterona.

—Déjate de picardía y larguémonos.

Avanzaron con paso rápido por las calles acharoladas por una fuerte humedad. Poco después detuvieron a un taxi que circulaba aprisa y del que no podía recelarse.

—Al Empereur Soley —ordenó Gard.

—Me temo, Gard, que andas metido en un buen lío y no son problemas de carreras.

—Es cierto, pero este lío no me lo he buscado yo, te lo aseguro.

—Si te puedo ayudar en algo, y no pienso en esa chiquita del Chuchumeco...

—Por si quieres saberlo, la chica se hace llamar Anacondita y, como habrás visto, la vergüenza se la olvidó al salir de la cuna.

—¿La pelea ha sido con los mulatos?

—Sí.

—¿Celosos?

—No, yo más bien diría que obedientes a su amo.

—Y la Anacondita, ¿qué papel juega en todo esto?

—Enlace, también un poco de cebo. No es fácil resistirse a una chica de ésas, son de fuego, pero ya te contaré.

—¿Habrás otro grupo que busca las esmeraldas?

—¿Las esmeraldas? —repitió Guru-Min-Bu a su lado.

—Nada, nada, Guru, estaba pensando en voz alta —se disculpó Gard.

Al llegar al hotel no vio al inspector Gabeau por ninguna parte. El hombre de la Interpol también tenía derecho a dormir, se dijo.

Se detuvo frente a la puerta de su dormitorio y pidió al oriental:

—Haz la maleta, nos vamos.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—¿Adónde?

—A Le Mans.

—¿Cómo?

—No sé, buscaremos aunque sea un taxi.

—Eso te va a costar un ojo de la cara.

—Más me va a costar si me quedo aquí.

En aquel instante se abrió la puerta de la habitación y apareció una bella mujer que gustaba de vestir de color salmón fuerte.

—Yo os puedo ceder mi coche para ir a Le Mans.

—¡Penélope! —exclamó Gard con asombro.

—Ah, disculpa. Con este pequeño artilugio pegado a la puerta se oye muy bien lo que pueda hablarse en el pasillo, aunque sea en voz muy baja. La técnica avanza de una forma, ¡uah!

CAPÍTULO IX

Gard Cooper miró de tal forma a Penélope que ésta se quedó con la sonrisa helada en el rostro sin saber qué hacer, si borrarla o no.

—Bien, ¿dices que tienes un coche ligero?

—Sí, está abajo.

Penélope borró su sonrisa y tragó saliva, como después de haber pasado un gran susto, pues había sido tal la expresión de Gard al mirarle que no podía por menos que asustarse.

El propio Guru-Min-Bu observó a Gard como preguntándole qué barbaridad se disponía a cometer. Desde el punto de vista del oriental, los blancos seguían siendo bárbaros por muchos coches y avances electrónicos que poseyeran.

—Lo tengo en el *parking* del hotel.

—Guru-Min-Bu, tu maleta, rápido.

—Sí.

El asiático se alejó hacia su alcoba. Gard empujó a Penélope hacia el interior de la habitación y cerró la puerta tras sí.

Ella le miró coquetamente asustada y con su marcadísimo y agradable acento francés, le preguntó:

—¿Me vas a pegar?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Parece que te molesto mucho.

—Si lo prefieres, todo lo que me haces lo tomaré como si me estuvieras pasando una pluma de ganso por la planta de los pies.

—Tienes cada cosa...

—Eso, por supuesto.

—¿Qué dices?

—¿Cómo has entrado en mi habitación?

—Tengo una llave maestra.

—¿Lo sabe el detective del hotel?

—Si lo supiera no estaría yo en el hotel.

Gard sacó su maleta del armario y comenzó a recoger sus cosas con brusquedad, pero sin dejar de hablar con la joven.

—Debo de parecerte un imbécil haciendo preguntas.

—No, tienes derecho a preguntar lo que te dé la gana.

—Sí, por ejemplo si sabes que la Interpol te está siguiendo los pasos.

—¿La Interpol?

—Parece que te viene de nuevo.

—¿Por qué habría de seguirme la Interpol?

—No será por comer palomitas de maíz, digo yo.

—Estás muy enigmático.

—¡Estoy que reviento!

Al decirlo, oprimió el tubo de dentífrico y salió como un palmo de pasta, llenando su mano con un fuerte olor a menta.

—No te pongas nervioso. Creo que te haría falta un sedante.

—¿Un sedante, y por qué no un camión de barbitúricos? Oye, Penélope, palomita o lo que seas, llego a París, te encuentro en mi habitación...

—Por entrar en tu habitación no debe de intervenir la Interpol.

—No, ¿y los encapuchados rojos?

—¿Qué encapuchados rojos?

—Ahora resulta que no sabes de qué te hablo. A lo peor me contestas que la película de Blancanieves sí la has visto, pero la que yo te cuento no.

—Gard, Gard, a veces me pregunto cómo puedes ganar carreras de coches con esos nervios.

—A lo mejor es que le doy patadas al acelerador y por eso mi coche corre más que los demás, pero mira. —Volcó la mesita de centro, dejando al descubierto el maletín fijado con esparadrapo a la parte baja de la mesa.

—¿Qué significa eso, guardas ahí tus joyas? ¿Temes a los cacos de hotel?

—Si tuviera joyas y sabiendo lo fácil que es obtener una llave maestra, me temo que sería tonto querer ocultarlas en el hotel. Cuando me descuido, aquí entra hasta el niño que vende los caramelos.

—¿Qué hay en ese maletín? ¿No será tu ropa interior? Los hay muy tímidos.

—¡Por Belcebú!

Tomó el portafolios del asa y lo arrancó violentamente de la mesita. Los esparadrapos, al ser arrancados, produjeron un fuerte ruido que estremeció a la chica.

—Puede que la Interpol no se moleste demasiado por una buscapleitos de hotel, porque todavía no sé si llamarte ladronzuela aunque, mirándolo bien, a mí me raptaste por unas horas.

—¡Qué emocionante!

—Pues a mí no me hace ninguna gracia y no me trago que no sepas quiénes son los encapuchados rojos.

—De veras que no sé de qué me hablas, *mon chéri*.

—¡Esto ya es el colmo!

Gard abrió bruscamente el maletín y le mostró su abultado contenido.

—¿Y esto qué es?

—¡Dímelo tú! —le inquirió mirándola a los ojos directamente mientras ella observaba el interior del maletín.

—Pues, parecen recortes de periódico.

—¿Quéé?

En efecto, el maletín estaba lleno de recortes de periódico y Gard Cooper los dejó que se desparramaran por el suelo. Penélope, ahora apresada por una muñeca, volvió a mirar al hombre como hiciera con anterioridad. No sabía si él iba a matarla o a hacerle otra cosa.

—¿Dónde están? —Rugió Gard.

—¿Dónde están el qué? —le preguntó asustada, pero sin dejar de mostrarse coqueta.

—¡Las fo-to-gra-fías! —Silabeó.

—No sé de qué fotografías me hablas.

—¡Por Belcebú y su parentela de demoniejos! ¡Aquí había montones de fotografías peligrosísimas y han desaparecido!

—¿Fotografías peligrosísimas? Ignoraba que te dedicaras a la pornografía.

Gard Cooper levantó la mano con intención de abofetearla, pero de pronto la cogió por la espalda, la atrajo hacia sí y la oprimió con fuerza.

La besó largamente en los labios y ella no le rechazó. La caricia se prolongaba cuando llamaron a la puerta.

—¡Gard, Gard, parece que llaman! —dijo Penélope librándose de él.

—Sí, eso oigo, pero vas a tener que explicarme muchas cosas. Sólo tú has podido cambiar las fotos por papeles y la verdad es que no sé con qué motivo.

Se alejó hacia la puerta, arrastrando con la izquierda el maletín abierto y sostenido por el asa. Abrió la puerta y apareció Guru-Min-Bu con su maleta ya perfectamente preparada para el viaje.

—Pasa,
Guru-Min.

—¿Qué te ocurre, Gard? Esto está como si hubiera habido una pelea de tigres. Por donde quiera que pasas, la organizas. Lo mismo ha sucedido en el Chuchumeco.

—Por favor, Guru-Min-Bu, guárdate tus ironías.

—Pobrecito, está un poco nervioso. Decía que tenía fotografías en el maletín y resulta que sólo hay recortes de periódico. Luego me dice no sé qué de peligrosidad y me acusa de haberme llevado yo las fotos. No entiendo nada.

—Sí la asesinas, vas a quemar uno de los pocos cabos que tienes para desentrañar el enigma que te rodea —le advirtió Guru-Min-Bu con su habitual frialdad.

—Sí, supongo que teniéndola cerca, aunque sea tonta, averiguaré lo que pasa y quién le mueve los hilos.

Penélope le dio un fortísimo taconazo sobre los dedos de los pies que pilló desprevenido a Cooper. Éste acusó el golpe y ella, retadora, le advirtió:

—A mí nadie me llama tonta y ahora, me voy.

—No te vas. Tú tienes coche y te vienes con nosotros a Le Mans.

—¿Y luego se volverá sola? —preguntó Guru-Min-Bu.

—No, a lo peor me presenta a su papá en Le Mans —respondió Gard sarcástico.

Minutos más tarde, el ascensor les dejaba en el *parking* privado del hotel.

Penélope señaló un automóvil rojo allí aparcado.

—Ése es mi coche.

Gard Cooper no pudo por menos que silbar.

—Diablos, un «Masserati». Una de tres...

—¿De tres qué? —inquirió la muchacha mientras él la sujetaba

por la muñeca.

—Tienes muchos millones, robas a lo grande con mucha finura o...

Ante un breve silencio del hombre, Penélope apremió:

—¿Y la tercera qué es?

—Pues que a lo peor resultas una paranoica esquizofrénica que se ha comprado este «Maserati» para ir pisando a peatones indefensos a trescientos kilómetros por hora.

CAPÍTULO X

Gard Cooper conducía el «Masserati» al tope de lo que permitían las leyes francesas por aquellos días en las carreteras.

—Este cacharro responde demasiado bien para unas manos de mujer.

—Pues todavía no he matado a nadie —refunfuñó Penélope, sentada junto a Guru-Min-Bu en el amplio asiento del acompañante.

—Me gustaría ver la montaña de multas que te han puesto.

—Vaya con el campeón de carreras, se cree que sólo él sabe conducir.

Ella pasó el pie al otro lado y aplastó el freno.

El automóvil chirrió y sorteó a otros vehículos gracias a la pericia de Gard, mientras los faros les iluminaban y largos bocinazos protestaban por su actuación.

El coche se detuvo.

—¡Quiero llevar yo mi coche!

—Yo no sé qué voy a hacer contigo, Penélope.

—Déjala conducir, Gard —terció Guru-Min-Bu—. Las mujeres tienen hoy los mismos derechos que nosotros.

—De acuerdo.

Gard, resignado, bajó del auto y Penélope pasó al otro asiento. Intentó ponerlo en marcha para dejar solo en la carretera a Gard, ya furiosa por lo despectivo de la actuación del hombre, pero Guru-Min-Bu se lo impidió.

—Los hombres también tenemos nuestros derechos, señorita.

—Usted se parece muy poco a Gard. Es muy calmoso y frío, no se pone nervioso y a gritar como él.

—Quizá porque a mí no me han clavado un dardo narcotizante y todo lo demás, incluyendo el numerito de la Anacondita.

—¿Qué es la Anacondita?

El oriental con una fría sonrisa, miró a Gard y le preguntó:

—¿Le cuento quién es y cómo es la Anacondita?

Gard, con deseos de molestar a Penélope, se colocó el cinturón de seguridad del acompañante y abriéndolo al máximo, cogió con él también a Guru-Min-Bu que no puso objeciones.

Penélope condujo bien, si se podía llamar conducir bien a llegar a Le Mans sin un rasguño en el coche, porque algunos conductores cardíacos que se le habían cruzado en la carretera habrían sentido zarpazos en su ya delicada víscera.

—Ahora conduce por dónde te indique —le exigió Gard con cierta frialdad.

—¿Qué pasa, quién grita?

Gard sacó la cabeza por la ventanilla y llamó al hombre que había asomado por una ventana que había sobre la puerta de madera del garaje.

—¡Waldemar, soy yo, Cooper! ¡Abre!

—¡Ahora bajo, Gard!

Waldemar bajó a abrirles la puerta del garaje. Allí estaba el furgón y dentro del mismo, que tenía las puertas abiertas, estaba el carro.

El carro no era otra cosa que el Fórmula 1 «Matra-Ford» color negro.

El furgón constituía en sí mismo un espléndido taller mecánico que habría desorbitado los ojos de los aficionados al automovilismo. Cualquier pieza que hubiera allí dentro, desde bujías especializadas a llaves, eran de absoluta precisión.

—¿Y la «Ford»? —preguntó Gard al notar la ausencia de la potente furgoneta «Ford» que normalmente arrastraba al furgón.

Waldemar miró intensamente a Penélope mientras respondía:

—Se la ha llevado Rodríguez.

—¿Adónde?

—Al circuito, a *boxes*. Ya hemos comenzado a pagar el alquiler de *boxes*, de modo que tendrás que ir preparando otro chequcito —advirtió Waldemar con su claro acento latinoamericano.

Waldemar era un hombre alto y delgado, con músculos de puma. Usaba bigote y sus ojos ardientes estaban materialmente clavados en Penélope. Ésta, que en principio se había sentido molesta por aquella mirada, coqueteó ligeramente, moviéndose sinuosa.

Guru-Min-Bu intervino para decir:

—Cuidado, Waldemar. Aunque veas que Gard se araña los ojos con ella, ya es su coto privado.

—¡Yo no soy coto de nadie! Ahora cojo mi coche y me largo de nuevo a París.

—¿Ese «Masserati» es tuyo? —le preguntó Waldemar con un silbido de admiración.

—Sí, es mío, mi papá me lo compró. ¿Pasa algo?

—¿Tu papá es acaso Rothschild o algún príncipe árabe del oro negro?

—Yo averiguaré quién es tu papá y no te largarás a París, vas a quedarte conmigo —advirtió Gard Cooper.

—¿Cómo podrás impedirlo? —inquirió ella desafiante.

Gard hizo saltar las llaves del auto en su mano.

—¿Intentas raptarme?

—No irás a ver a los gendarmes para que te salven, ¿verdad?

—Podría hacerlo, o a lo mejor hay otros hombres que me pueden salvar de tus garras —dijo lanzando una significativa mirada a Waldemar.

Éste, captándola, sonrió y dijo:

—Yo soy el primer mecánico de Cooper y no quiero meterme en líos. Las mujeres son muy picaras. Te utilizan para dar celos y luego, cuando ya no sirves, al basurero, como un *kleenex*.

—¿Todos los que te rodean son tan galantes? —preguntó a Gard enfurruñada.

—Waldemar, ¿cómo está arriba para dormir?

—No creo que sea el lugar más adecuado para una dama y más para una que tiene un papá capaz de comprarle un «Masserati».

—Bien. Tú,

Guru-Min,

quédate aquí. Yo me la llevo a ella a otra parte.

—Es una buena forma de darnos el esquinazo —aceptó el oriental—, pero con este bombón te comprendemos, claro que con la Anacondita...

—¿La Anacondita?

Gard captó algo muy especial en la mirada de Waldemar, el latinoamericano nacionalizado norteamericano.

—Sí, una chica que hace su *show en el Chuchumeco* —aclaró

Guru-Min-Bu.

—¿Alguna chica de *striptease*?

—Sí, y eso no engaña —asintió Gard.

—¡Yo tampoco engaño! —Penélope comenzó a quitarse la chaqueta, arrojándola a la cara de Gard. Luego, una cremallera produjo su ruido característico al abrirse.

—¡Vamos, condenada!

La cogió por el brazo y se la llevó de nuevo al «Masserati». Antes de alejarse con ella, se volvió hacia Waldemar y dijo:

—Prepáralo todo para correr mañana. Quiero probar el coche en Le Mans antes de llevarlo a Montecarlo para la gran carrera.

—El coche estará listo. —Le respondió Waldemar—, pero si tú no te pegas un duchazo de agua fría por la mañana, no creo que puedas pisar el acelerador a tope.

—¿Y por qué diablos me recomendarán todos la ducha fría?

—Será por lo bruto que eres. ¡Suéltame!

Gard Cooper no hizo caso a Penélope y la introdujo en el «Masserati», colocándole esta vez el cinturón de seguridad. Luego, utilizando las llaves que había hurtado con anterioridad, puso el coche en retroceso y desaparecieron en la noche.

CAPÍTULO XI

—¿Una habitación? —preguntó el conserje mirándolos suspicaz. Penélope tenía los labios fruncidos y su malhumor era ostensible.

—Sí, una.

—¿A nombre de quién, señor? —preguntó el francés.

—Del señor y la señora Smith.

—¿Qué, cómo te atreves? —inquirió Penélope con su marcado acento parisino que la hacía más atractiva al oído de cualquier hombre extranjero.

—¿Están seguros de que son madame y *monsieur* Smith?

—Sí, y queremos una habitación. ¿Es que acaso un norteamericano no se puede casar con una linda francesita como esta que a los cuatro días de matrimonio ya quiere abandonarle a uno?

—Caramba, *monsieur*, usted tiene buena planta. Ella debe de ser muy exigente.

—Gard, Gard, tienes más cara que... —barbotó Penélope, pero Gard le tapó la boca con la mano.

—Creo que *monsieur* Smith sabrá arreglar esta cuestión matrimonial. Hay mujeres que necesitan un poco de dominio aunque ellas se nieguen a reconocerlo.

—¡Me voy de este hotel!

—Habitación cuarenta y dos, *monsieur*. ¿No llevan equipaje?

—Está en el coche, luego bajaré a por él.

—¿Es de ustedes ese «Masserati» rojo que hay ahí afuera, *monsieur*?

—Sí. Por suerte, tenemos un papá rico.

—Hay gente con mucha suerte, *monsieur* —suspiró el hotelero, a la vista del brillante y lujosísimo coche deportivo.

Gard, sin soltar a Penélope de la mano, la llevó hacia la escalera

haciéndole subir aprisa los peldaños.

Una alcoba de decoración austera les acogió en su interior.

—¿Qué pretendes ahora, acaso humillarme? Yo no soy la señora Smith y tú tampoco eres Smith. ¿Quieres que me confundan con una cualquiera?

—Mira, preciosa, tenemos que hablar, ¿lo oyes? Tenemos que hablar tú y yo.

—Yo creo que no tenemos nada que hablar. Cojo mi coche y me voy de nuevo a París.

—Sí, con tu papá.

La empujó hacia la cama, haciéndola caer en ella. La chica dio un respingo y él comenzó a quitarse la chaqueta.

—No te comportarás ahora como un sátiro, ¿verdad?

—¿Quién es tu papá?

—¿Y eso a ti qué te importa?

—Sí que me importa y mucho. Tú me narcotizaste, por eso solo ya podías ir a la cárcel. La Interpol te sigue los pasos porque estás conectada con una organización internacional de fabricación y venta de armas que se lucra vendiéndolas para que la gente se mate y también para crear conflictos de orden nacional e internacional en determinados países.

—No digas tonterías, lo que pasa es que tú eres un espía yanqui y, ya se sabe, los yanquis, con el cuento de ayudarnos, lo espiáis todo.

—¿Eso es lo que te dijo tu papá para que me arponearas con tu narcótico?

—Pues sí, sólo se trataba de sonsacarte, ahora ya lo sabes. Y por lo que estoy viendo, no eres un espía, sino un loco suicida que le ha dado por la manía de las carreras de coches y así se juega la vida, pero ello no tiene ningún mérito.

—Muy bien. Hasta ahora veo que tú pareces la ingenua, o bien eres enormemente lista. Creo que tu papá no te ha dicho toda la verdad.

—¿Ah, no?

—No, y por ello insisto en saber quién es tu papá.

—Mi papá es un financiero muy bueno y honrado llamado Philip Goguen.

—Bien, así que él es un financiero. Tendrá fábricas, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo siendo un hombre tan poderoso deja a su hija meterse en semejantes líos?

—Lo que tú pretendes es echar tierra sobre mi papá y no lo conseguirás. Él es un gran filántropo.

—No, si además celebrará fiestecitas benéficas. Muchos ladrones de fama internacional lo hacen para ocultar sus verdaderos basureros humanos.

—Él lo hace de verdad y yo tengo la prueba.

—¿Qué prueba?

—Yo misma.

—¿Lo dices por el regalo del «Masserati»?

—No. Si quieres que hablemos claro, lo haré, aunque prometí no hacerlo desde muy niña, pero ésta es una situación muy delicada en la que se vitupera al mejor hombre que he conocido en mi vida.

—Sí, sí, ya sé que ése es tu papá.

—No te equivocas. Yo era una huérfana acogida en un establecimiento de Avignon. Hace ya muchos años, él me sacó del orfelinato, me reconoció como hija suya y me internó en uno de los mejores colegios para señoritas en la región del Sena.

—Fantástico, ahora resulta que el papá es adoptivo. Bien, pero parece ir aclarando conceptos.

—Pues tiene más mérito.

—No lo pongo en duda. Supongo que a lo largo de los años lo has visto poco.

—Es cierto, él es un hombre muy ocupado, pero nunca me ha faltado nada y si ahora que ya soy mayor me pide algún favor como el de narcotizarte, no se lo iba a negar.

—¡Magnífico! ¿Y qué pretexto ha puesto para decir que él tiene derecho para atacar a los falsos y repugnantes espías yanquis?

—Tú no eres un espía de los que salen en las películas, eres un espía industrial. Mi papá hace piezas para motores y asegura que tú tienes contactos con sujetos despreciables de sus factorías para llevarte las patentes y luego decir que las habéis inventado los norteamericanos, cobrando así los *royalties* y llevándoos los méritos.

—Cariño, tu papá adoptivo debía de haber sido escritor y no hombre de finanzas.

—No me crees, pero no me importa. Yo le estoy muy

agradecida. De no haberme dado su nombre, habría permanecido todo el tiempo en un orfelinato y hubiera salido de él medio tonta. No permitiré que lo insultes. Si él te ha hecho pasar por una situación algo desagradable, sus motivos tendrá. Por otra parte, no te ha matado ni tienes heridas. Te han interrogado y sólo ha sido eso. Después de todo, tú pretendías robar secretos industriales de mi papá.

—¡Y un cuerno, Penélope! Me tienes que presentar a tu papá adoptivo y arreglaremos esta confusión.

—Tú ya debes de conocerlo.

—Pues, a ciencia cierta no lo sé. Todos iban encapuchados de rojo.

—Ya estás con tus fantasías. La investigación la llevaron de forma personal y debes de alegrarte porque mi papá no recurrió a las autoridades francesas. A lo peor acabas pudriéndote para toda la ida en Clairvaux^[2].

—Sí, encima os tendré que dar las gracias. Ah, se me olvidaba decirte que han estado a punto de matarme en varias ocasiones, que no sé de qué secretos industriales hablas y que deseo conocer personalmente a tu padre. ¿Podrías hacerme el favor de llamarlo por teléfono? Abajo en la conserjería he visto una cabina, ya que aquí en la habitación no lo hay.

—No le llamaré.

—¿Por qué?

—Pues —vaciló—, porque nunca le llamo.

—¿Y no te parece eso un poco extraño?

—No, porque cuando él quiere algo de mí o simplemente verme, me llama.

—¿Y cuándo tú necesitas algo de él?

—Nunca me falta nada, tengo una cuenta abierta en el Banco. Cuando me ve, me pide moderación o ajustará la cuenta al mínimo. Yo le hago caso y vivimos bien.

—¿Y no te pide que trabajes o algo por el estilo?

—Después de todo, sólo hace un año que salí del internado con mis estudios de Económicas.

—Diablos, eso sí que no lo esperaba.

—¿No vas a besarme o a...?

—Nada de nada. ¿Acaso creías que iba a hacer algo?

El hombre se alejó hacia la puerta, la abrió y ante el furor de la joven, añadió:

—Nos veremos por la mañana en el circuito de carreras. Probaré allí mí «carro».

—¡Ojalá te estrelles! —le replicó ella lanzándole un zapato que sólo golpeó la puerta. Gard Cooper descendió hasta conserjería.

Filosóficamente, moviendo un largo bolígrafo amarillo en su mano, el hotelero le preguntó:

—¿Arreglados sus asuntos matrimoniales, *monsieur*?

—Quiero dos cosas.

—Usted dirá.

—Otra habitación y hablar por teléfono en conferencia privada con París.

—Será servido inmediatamente, *monsieur*. Allí tiene la cabina y la habitación estará lista enseguida.

CAPÍTULO XII

Gard Cooper se puso la capucha antitérmica de color blanco que sólo le dejaba al descubierto los ojos y luego fue Waldemar quien le encasquetó el casco de protección.

Rodríguez empujó el «Matra-Ford» hasta dejarlo justo a la entrada de la pista.

Gard se introdujo en el auto. Dio vuelta a la llave y el motor comenzó a roncar con gran estruendo. Los enormes neumáticos posteriores quedaron por detrás de su cabeza, sin estrías de agarre al asfalto, pues la pista se hallaba completamente seca.

No muy lejos de los *boxes*, una figura destacó a sus ojos. Era Penélope, no cabía duda, pero en aquellos momentos no podía gritarle ni para decirle que le gustaba que se hubiera presentado en el circuito.

A distancia, vio cómo Penélope se dirigía hacia un hombre que se hallaba de espaldas y que a Gard le pareció reconocible, más en aquel momento no pudo verle, ya que tanto la muchacha como el sujeto quedaron ocultos a sus ojos por unas vallas protectoras.

Gard hundió el pie en el acelerador, luego en el embrague y fue cambiando las marchas una tras otra. Su carro se lanzó a las velocidades letíferas que solían imperar en los grandes autódromos del mundo, no en vano les llamaba los novios de la Muerte.

Rebasó a otros pilotos, no por competición sino por ganar velocidad y conseguir en cada ocasión una vuelta más rápida, ya que aquello solo eran pruebas y no carreras.

No tardó en sorprender a los especialistas y a algunos reporteros de revistas deportivas que se habían dado cita aquella mañana en Le Mans, sabiendo de antemano que varios pilotos probarían sus máquinas.

El coche funcionaba bien, no había exceso de vibraciones ni recalentamientos. Todos los baremos daban su medida exacta y no

notó ningún ruido extraño que pudiera delatar un posible fallo.

Gard fue rebajando velocidad, convencido ya del poder y la finura del carro.

De pronto, al pasar por la recta de tribunas, ya con velocidad bastante baja, pues le esperaban en *boxes*, descubrió en la solitaria tribuna a un personaje que trataba de pasar desapercibido, pero que no obstante deseaba estar presente.

Gard le reconoció en el acto. Siguió la marcha, dio otra vuelta. Cuando iba a coger de nuevo la recta de tribunas, se pegó a las vallas, ya lejos de la curva para no estorbar a sus colegas, y saltó del coche.

Luego, rebasó las cercas sin quitarse el casco para aproximarse a la tribuna por su parte posterior, sin ser visto.

Cuando llegó a la tribuna, comenzó a subir por una escalera y se encontró de pronto al hombre que había reconocido. Éste, al ver al coche detenido a lo lejos, había preferido abandonar el lugar.

Ambos se observaron fijamente. Gard no podía hablarle con la capucha antitérmica puesta y encima de ella, el casco que casi le convertía en un astronauta.

Pope, pues no era otro aquel individuo, se asustó, vaciló, y cuando desenfundó su arma ya era tarde.

Como un felino, Gard Cooper trepó por los peldaños de tres en tres. Seguro de su casco, arremetió con él por delante contra la boca del estómago de Pope, cuando éste ya tenía la pistola en la mano.

Hubo lucha y Gard se llevó la mejor parte, es decir, dominó totalmente a Pope. Rodaron por la escalera y el latinoamericano se hizo algunas desolladuras en el rostro y perdió el arma cuando ya quedaban casi materialmente debajo de las tribunas, ocultos a las miradas de los curiosos.

Gard sujetó entre sus rodillas el cuerpo de Pope, el cual mostraba su susto y su miedo. Viéndose ya sometido y pensando que era inútil golpear aquella cabeza protegida por el casco, se rindió.

—¡No me golpees más, maldito yanqui!

Gard Cooper se quitó el casco, más no la capucha, aunque tenía ya mucho calor.

—Volvemos a encontrarnos, Pope. Esto no es el Chuchumeco, ahora estás en mi terreno y no en aquella maldita *boîte*. Por cierto,

¿murió alguno de los mulatos?

—Sí, sí, murió uno, tú lo mataste.

—Yo, no, fue entre ellos, pero supongo que tú no te quedarías para explicárselo a los hombres de la Süreté.

—No, claro que no. ¿Cómo escapaste, maldito?

—Por un túnel que me condujo a las cloacas.

—No es posible.

—Sí lo es.

—¡Eres un diablo!

—Quizá, y sé que tú eres el que ha tratado de asesinarme.

—¿Yo?

—Sí, supongo que el tipo del taxi que pretendió hacerme volar dentro era uno de tus sicarios. Luego, en el Chuchumeco, te ablandaste, quizá pensabas poder quedarte con las esmeraldas.

—No podrás hacer nada, mercenario. Alguien te matará.

—Yo no soy ningún mercenario y te lo demostraré llevándote a la Interpol.

Doblándole la muñeca y el brazo a la espalda, lo puso en pie.

—¡Espera, espera, quizá haya una confusión! —gritó temiendo ser llevado ante la policía.

—Bien, pero no seré yo quien hable, sino tú.

—Yo sólo soy un enviado.

—¿Un enviado? Un maldito sicario internacional, con falso pasaporte estadounidense.

—Yo no tengo nada personal contra ti. La oficina de servicios especiales de mi gobierno de la Amazonia fue quien me ordenó eliminarte.

—¿A mí?

—Green que tú eres un mercenario internacional que te has llevado las esmeraldas que conseguisteis asesinando a los guaqueros en la jungla.

—Y yo, con esas esmeraldas, tenía que comprar armas. ¿No es eso?

—Sí. ¿Lo ves? Tú lo sabes, no eres inocente.

—Sigue hablando —le retorció más la mano y el brazo a un tiempo, produciéndole ostensible dolor que se reflejó en un gruñido y varias muecas.

—Tu misión era entregar esas armas a los guerrilleros rebeldes a

mi Gobierno que se esconden en la jungla y practican el bandidaje y el terrorismo.

—¡Y un cuerno! Mi misión es aclarar este lío. A mí me importa un rábano tu Gobierno de la Amazonia o los guerrilleros. Yo no me mezclo en la política de nadie, sólo tengo derecho a la de mi propio país y lo hago cuando me piden que vote.

—Todos los espías del mundo tienen que hacer trabajos especiales. Yo me debo a mi Gobierno y debía eliminarte. Lo siento, pero he fracasado y ahora no habrá lugar en toda la tierra donde poder esconderme.

—En principio, me preparaste la trampa del taxi, pero después te lo pensaste mejor y te dijiste que podías apoderarte de las esmeraldas además de cumplir con la orden de ejecución que te habían dado. Por ello me citaste en el Chuchumeco.

—Sí; no iba a dejar que esas esmeraldas se perdieran. Yo podía obtenerlas.

El interrogatorio fue interrumpido por un disparo. La detonación halló ecos debajo de las tribunas y el plomo dio contra uno de los soportes metálicos, rebotando tras hacer una muesca en el mismo.

Pope dio un fuerte tirón, liberándose de Gard cuando otro plomo pasaba muy cerca de Pope.

—¡Quieren asesinarme! —gritó echando a correr.

—¡Espera, tírate al suelo! —le gritó Cooper.

El latinoamericano, magullado y asustado, tratando de huir como fuera, en cuatro zancadas consiguió llegar a la valla de protección.

La saltó y pretendió cruzar el asfalto del autódromo para llegar al otro lado y huir del hombre escondido, posiblemente a una gran distancia y quizá con teleobjetivo, que intentaba cazarle.

En medio del circuito ocurrió la tragedia. Nadie la esperaba, ni el mismo Pope que no vio venir aquel coche Fórmula 1 que lo embistió a una velocidad superior a los doscientos kilómetros por hora.

Pope fue casi pillado en los pies. Saltó en el aire y cayó sobre el propio piloto. Chirriaron los frenos y el magnífico bólico color amarillo rabioso hizo unas eses en la pista, estrellándose contra las vallas frente a las tribunas principales.

Los hierros se retorcieron e, inmediatamente, estallaron los

depósitos de carburante, incendiándose. Dos figuras humanas comenzaron a ennegrecerse. La tragedia se había dado cita en Le Mans.

CAPÍTULO XIII

Gard Cooper, ceñudo, colgó el auricular del teléfono. Abandonó la cabina y, molesto, ensimismado, se dirigió a *boxes*.

A lo lejos, en la barra del bar, divisó a Waldemar. Allí había varios comentaristas. La noticia del trágico accidente con dos muertos ya había sido lanzada por teléfono a las redacciones de los periódicos y luego a los teletipos de todo el mundo.

Ahora trataban de sacarle punta a la noticia con otros comentarios que pudieran resultar, la salsa de guarnición para el filete que había constituido para ellos la muerte inesperada de dos hombres: Una futura estrella que prometía en el mundo del automovilismo y un desconocido.

Hasta aquellos momentos, la policía no había logrado identificarlo, aunque Gard Cooper sí sabía quién era y, por supuesto, quién les había estado disparando a distancia.

Vio a Rodríguez repasando el «carro» ya frío cuando tres periodistas que le habían descubierto corrieron hacia él con sus blocs y sus cámaras de fotografiar.

—¡Cooper, Cooper! ¿Es cierto que usted estaba cerca del accidente?

Mientras fotografiaban un primer plano del rostro de Gard, otro inquirió:

—¿Por qué detuvo el coche al principio de la recta de tribunas? ¿Conocía al muerto no identificado?

—Yo he dicho a la policía que no sé nada del asunto. Mi coche tenía dificultades y no he querido forzarlo. Ya saben que he dado la vuelta más rápida que conoce Le Mans.

—Sí, pero a marcha moderada podía haber llegado a *boxes* —le replicó uno de los periodistas.

—Soy yo el capitán de mi máquina y decido lo que hay que hacer en cada momento. No tengo que dar explicaciones a nadie.

—Pero, usted estaba en tribunas y algunos aseguran que se escucharon disparos.

—A veces, el repiqueteo de un motor que no está bien ajustado produce ese efecto de disparos y más si lleva el escape libre. Yo no he oído nada y discúlpenme, no estoy de humor. En Montecarlo seré más parlanchín.

Gard Cooper se alejó de ellos.

Observó el furgón-taller. El coche estaba fuera, en un punto donde podía ser elevado y pulido. Después de cada carrera, se rebajaban las presiones de los neumáticos, se limpiaba cada gota de aceite que pudiera haber de más y se llegaban a desmontar un buen número de piezas para buscar posibles rozamientos en ellas y si se presentaba la necesidad, reemplazarlas por otras.

Los había maniáticos que desmontaban el motor en su totalidad y luego relajaban sus nervios volviéndolo a montar, meticulosa y cuidadosamente, como si fuera una diversión.

Gard Cooper había buscado a Penélope con la mirada, más no la había descubierto por parte alguna. Ya tenía más cabos de aquella embrollada madeja que le había caído encima sin comérselo ni bebérselo.

Un lugar que había utilizado en multitud de ocasiones para relajarse era la «Ford», que tenía unos asientos anatómicos extensibles. Solía correr las cortinillas si viajaba por carretera y dormía plácidamente en busca de la recuperación mientras alguno de sus ayudantes conducía.

Se aisló en el coche.

Puso en marcha el climatizador, corrió las cortinillas y pulsó la tecla para conectar el radio-cassette. Un encadenamiento de música de Mozart, tranquilizante, inundó el vehículo en un tono bajo y agradable.

Estaba cansado y molesto por la muerte de un colega inocente en todo aquel asunto del contrabando de armas y esmeraldas, como moneda de pago. Pope era otra cosa. La clase de vida que llevaba acarrearba forzosamente un desenlace trágico.

Al inclinarse con el asiento, se fijó en aquel portafolios que tantos dolores de cabeza le estaba ocasionando.

Tuvo un presentimiento y estiró su mano cogiendo el maletín por el asa. Jaló el resorte, pues el maletín carecía de llave, y al

abrirlo descubrió que su presentimiento no había fallado.

Allí estaban de nuevo las fotografías, pero sólo unas cuantas, correspondiendo a armas del tipo fabricado por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

Cada fotografía tenía grapada una nota corta, hecha con rotulador negro, especificando las cantidades que se precisaban de los diversos tipos de armas. También había una nota de bloc con unas palabras escritas que Gard Cooper leyó inmediatamente.

«Diga a Eiffel que quiero la mercancía para dentro de diez días en el puerto de Marsella, a bordo del carguero *Las Palmeras*, de bandera amazónica. A bordo, una hora antes de partir, se realizará el pago con las esmeraldas».

No había firma, pero el texto resultaba claro y explícito. Ya estaba la danza del tráfico clandestino y criminal en marcha.

Cerró el maletín. Ahora, tenía que dejarse ver. De pronto reparó en un tarjetón que el coche tenía pegado en el salpicadero. Estaba en francés. La furgoneta «Ford» había sido revisada en Calais. Vio el número de kilómetros que los mecánicos habían escrito en el tarjetón tras la inspección del vehículo y luego observó directamente el cuenta kilómetros.

Había una diferencia de casi ochocientos kilómetros, lo que no correspondía en absoluto al viaje realizado desde Calais a Le Mans.

Con el maletín cerrado, abandonó la «Ford». Buscó con la mirada a Rodríguez, más ya no estaba. El «carro» había sido introducido en el furgón y éste se hallaba cerrado.

Se dirigió al bar y allí, sentada ante una mesa, descubrió a Penélope. Cuando le vio entrar, ella se quedó quieta y le sonrió con algo de esfuerzo, tratando de quedar bien con el piloto norteamericano.

—Hola, Penélope. Estás muy sola.

—He creído que debía de venir a verte corriendo. Quizá anoche estuve un poco brusca contigo.

—Vaya, creí que el reconocer los errores era una virtud que tú no poseías.

—Pues, ya ves, todos podemos equivocarnos.

El camarero sirvió a Gard un *whisky* que había pedido nada más entrar y pasar junto a la barra.

—Pareces preocupada.

—Lo que ha ocurrido en pista me ha impresionado. Por un momento he temido que fueras tú el piloto muerto.

—Menos mal que no ha sido así, se habría estropeado el negocio.

—¿Qué negocio?

—Aquí está el maletín. —Lo puso sobre la mesa, acercándose a la joven—. Supongo que tu papá te ha recomendado que seas amable conmigo.

—Te crees muy listo.

—Listo, puede que no lo sea, pero sí me habían tomado por imbécil. En fin, cogerás el maletín.

—¿Yo?

—Sí, y se lo darás a tu papá. Es mejor que no lo abras para no meterte en complicaciones y dentro de diez días, tú y yo nos reuniremos en Marsella.

—Estás muy seguro de que voy a viajar hasta Marsella que, por cierto, es una ciudad que no he visitado nunca y nada tengo allí que me atraiga.

—Marsella, por si no lo sabías, es la principal puerta de Europa para los estupefactos y la salida de la trata de blancas. Ah, cuando llegues a Marsella dentro de diez días, llámame al hotel President; yo sí he estado en Marsella.

Tras aquellas palabras, se bebió de un solo trago el *whisky* y dio un cariñoso bofetón en la mejilla de la chica. La dejó tan sola como la había encontrado, pero esta vez con el maletín bajo sus manos, un maletín hartamente comprometedor.

Gard Cooper encendió un cigarro y con él entre los labios, se alejó con las manos en los bolsillos. De pronto, descubrió a un personaje que medio asomaba por detrás de un periódico, a la entrada de las instalaciones del autódromo. Se le acercó, apoyándose con disimulo en la pared.

—Hola, inspector Gabeau. No, no baje el periódico, que no nos vean. Le tengo noticias.

—¿Ah, sí? —preguntó con atención el inspector de la Interpol, ocultándose más con el periódico.

—Sí. La entrega de las armas clandestinas se realizará en Marsella dentro de diez días, en el barco *Las Palmeras*, de nacionalidad amazónica. Allí podrán atraparlos a todos con las

manos en la masa.

—Magnífico. Es una información muy valiosa.

—Le he entregado la cartera con el detalle del material que solicitan a Penélope. Todo va sobre ruedas y he creído que nadie mejor que usted para recibir la información. Nadie más lo sabe.

—La Interpol cubrirá este servicio. Mantenga la más absoluta reserva.

—O.K. El caso es suyo, inspector Gabeau. Espero que le den una medalla por ello. Nos veremos en Marsella y acudan pronto. No quisiera que me asesinaran.

—No se preocupe, lo tendremos cubierto.

—Gracias, no esperaba menos de usted.

Dicho esto, con disimulo, se alejó del inspector que se parapetaba tras el periódico.

CAPÍTULO XIV

Al abrirse la puerta de la habitación que Gard Cooper había rentado en el hotel President de Marsella, descubrió a Penélope que ya no vestía de rosa salmón, sino de un amarillo oro que conjugaba con sus cabellos.

—Ya estoy aquí —le saludó la mujer—. ¿No es lo que querías?

—Sí, Penélope. Pasa, tú y yo hemos de hablar.

La hizo entrar y cerró la puerta por dentro con llave.

—Te has salido con la tuya, Gard. Haces de mí lo que quieres.

—Mira, Penélope, tú has venido a verme porque estás preocupada. Una chica como tú no podía resistirse a abrir el maletín. Una ojeada bastaba, y te convenciste de lo que había dentro.

—Tú me dijiste que no lo abriera.

—Sí, pero sabía que no me harías caso. Las mujeres sois algo complicadas; sin embargo, si se os sabe tratar, se sale uno con sus propósitos.

—Tu arrogancia y soberbia me molestan.

—Creí que habías llegado aquí como gatita mimosa y algo apaleada.

—A mí nadie me ha pegado.

—Sí, ya veo. Estás muy bien, como siempre. Eres una muñequita perfecta, por eso te eligió tu papá adoptivo Goguen cuando te sacó del orfelinato. Él tenía ojo clínico para saber lo que escogía y te eligió a ti para hacer una perfecta y rica señorita que luego le consideraría a él como a su padre, sería incapaz de traicionarle y terminaría haciendo lo que Goguen le pidiera, fuese lo que fuese, ya que la deuda de gratitud hacia el padre adoptivo y rico debía de ser forzosamente eterna.

—Te explicas con mucha ironía y sarcasmo, Gard. Te rogaría que...

—Debes de escucharme. No creas que tú eres la única hija del financiero Goguen.

—¿Es un delito que un hombre tenga dos o más hijos adoptivos? Raymond Burr, el actor, los tiene; Josephine Baker también.

—Sí, pero ellos los tienen públicamente y Goguen, no. Lo que hizo Goguen fue adoptar hijos, pero no los tenía cerca. Escogió a quince chicos perfectos y a cinco muchachas; tú eres una de ellas.

—Lo que indica que su filantropía no tiene límites.

—Lo que él quería era gente que le obedeciera ciegamente, no como a un patrón sino considerándole padre y, además, fuente de cuantiosos emolumentos. En fin, un manantial siempre en los Bancos que él designaba. ¿No te das cuenta de que os adoptó para utilizaros más tarde, que tú no has sido la única en ser manejada por él? No le debes nada, sólo es un farsante.

—¡Mientes, mientes!

—Eso es lo que él quería, esa resistencia psíquica a traicionarle. El tipo es muy astuto. Fue un oficial muy eficaz en las OAS en Argel, de extrema derecha. Sus negocios en Argel se vinieron abajo y montó los nuevos en Francia, pero no se conformaba con ganar lo que cualquier otro financiero no industrial y comenzó a fabricar armas secretamente para quien quisiera comprarlas. Por ello tiene montada una buena organización que cuida mucho los detalles, en especial los de ser descubiertos y tú, por desgracia, formas parte de esa organización.

—¡No puede ser cierto!

—Tengo todos los datos de la Interpol. Goguen y sus secuaces serán detenidos hoy, cuando quieran cobrar su mercancía.

—¡Tú los has traicionado!

—Yo no lo he traicionado, lo he descubierto, que es distinto. A mí también me quisieron utilizar, pero fueron los compradores. Quedé en medio del juego sin desearlo ni tener conocimiento de ello. Yo me confié a la Interpol y la Interpol me ha dado los datos que le pedí. Ella se hará cargo de todo al final. No, Penélope, tu papá adoptivo no te quiere. Eres una parte más de su negocio. Te escogió desde niña y te hizo mimar para que fueras luego una perfecta marioneta que él pudiera mover para sus negocios. Ese hombre sólo se quiere a sí mismo.

—Tú pretendes que lo odie, pero no lo conseguirás. Ahora, me

marcho.

—¿Te marchas, para qué, para avisarle a él de que ya tiene la ratonera preparada?

—¿Y si lo hiciera? —preguntó desafiante.

—Si lo hicieras, Goguen se habría salido con la suya, pero yo no dejaré que eso suceda.

—¿Cómo vas a impedirlo?

—Con esto. —Le mostró una pistola lanza dardos narcotizantes —. Me la ha prestado un amigo veterinario. La utilizan para dormir a los tigres y panteras cuando quieren operarlos. En realidad, sólo hago que devolverte la moneda.

—¡No serás capaz! —exclamó mirándolo desafiante.

—Pobrecita, pobrecita, pobrecita...

Sonó un ruido, como un taponazo, y la aguja del dardo narcotizante se hundió en la carne suave y tersa de la bella parisiense.

—¿Adónde vas, Waldemar?

—A llevar esta bolsa de ropa sucia a la lavandería. Me han dicho que hay una cerca de aquí. Luego, he quedado con una chica para ir al cine. La verdad es que ella ha escogido la película y es un una «cochon».

—Muy bien, Waldemar. —Le respondió Gard con ironía. Se hallaban en el garaje-almacén que habían alquilado para guardar su furgón y la «Ford».

—Supongo que esa chica se llama Anacondita.

Waldemar torció el gesto, más se recuperó pronto.

—¿Tratas de controlarme? Los líos de faldas no forman parte de mi trabajo.

—Los líos de faldas, no, pero será mejor que me entregues las esmeraldas.

—¿Qué esmeraldas? —Los ojos del latinoamericano despidieron un destello especial.

—Las que tú tienes. Me has querido utilizar, pero he averiguado tu juego y ya podemos poner las cartas boca arriba.

—No te entiendo.

—Tú formas parte de una organización rebelde en la Amazonia. No importa lo que indique tu pasaporte como norteamericano. Averigüé que tú tenías algo que ver en el lío gracias al cheque de

cinco mil francos que debía enviarte a Calais. Dijiste que lo habías recibido. En realidad, Rodríguez ya me estaba vigilando y de alguna forma se percató de que yo, aquella noche, había sido raptado, y te lo dijo. Yo, tonto de mí, creí que te lo habían enviado los traficantes de armas que me habían. —Espiado el teléfono, pero no fue así. El micrófono lo habían colocado en el aparato de la mesita de noche y yo hablé contigo desde la salita. Cuando caí en la cuenta de este detalle, comencé a sospechar de ti, aunque no de Rodríguez todavía.

—Me estás haciendo perder el tiempo.

Impasible, Gard prosiguió:

—Luego, me hiciste creer que Rodríguez estaba en el circuito cuando había viajado a París y luego regresado. Él se encargó de que tú recibieras las fotografías del maletín mientras yo tenía un pleito en la *boîte Chuchumeco*. Fue listo, supo encontrar el portafolios y meter papeles de periódico en lugar de las fotos. Más tarde, ya en *Le Mans*, colocó dentro del maletín las fotos que tú habías seleccionado, porque tú eres el que pagas. Rodríguez te obedece, lo que todavía no sé es si fuiste tú o Rodríguez el que intentó asesinar a Pope, vuestro enemigo mortal, allá en *Le Mans*.

—Insisto en que no sé de qué me hablas.

—¿Ah, no? ¡Guru-Min-Bu!

Se abrió la puerta del potente «Ford» que tenía las cortinillas echadas y apareció Rodríguez con las manos atadas a la espalda, los oídos taponados, la boca amordazada y los ojos cubiertos con tela adhesiva. Tras él apareció el oriental con expresión resignada.

—¿Qué hacemos ahora, Gard?

Al volver la cabeza, Gard recibió un fuerte golpe con la bolsa que portaba Waldemar. Más, no consiguió tumbarle y Gard se revolvió.

Le propinó una patada justo en el tobillo que hizo caer a Waldemar. Éste sacó una pistola, pero otro puntapié hizo saltar el arma de su mano.

Waldemar se defendió como gato herido y Gard esquivó la hoja de acero que apareció en la mano del asesino amazónico; no en vano, para conseguir las piedras preciosas, habían matado a decenas de esmeralderos en mitad de la jungla.

En varias ocasiones, Waldemar, que jadeaba profundamente,

estuvo a punto de hundir su navaja automática en el cuerpo de Gard Cooper, pero fue volteado y luego un talonazo en la mandíbula, duro y seco, lo sumió en el mundo de los sueños.

—Perfecto, Gard, vas mejorando... —le dijo Guru-Min-Bu.

—Si eso es una forma de pedir aumento de sueldo, ahórratelo. Ahora, empaqueta a éste también y guárdalos para cuando venga la Interpol.

—Ignoraba que te dedicaras a la recolección y conserva de carne humana. ¿Qué harás cuando tengas muchos?

Cooper tomó la bolsa y metiendo en ella su mano derecha, no tardó en palpar una cajita de acero tapizada en plástico marrón oscuro. Era como una alcancía. No había llave, pero registrando al inconsciente Waldemar, halló el llavín y abrió la cajita. Miles y miles de destellos verdes inundaron sus ojos.

CAPÍTULO XV

Los camiones arribaron puntualmente al muelle de atraque donde se hallaba detenido el barco mercante *Las Palmeras*.

El encargado de aduanas de aquel sector ya había sido comprado por la organización Eiffel y los camiones de supuestas conservas pesqueras pasaron sin problemas. Luego, las grandes redes que colgaban de las grúas, comenzaron a cargar las cajas de madera reforzada con acero en el interior de las bodegas del barco.

Cuando Gard Cooper subió por la pasarela con naturalidad, el capitán latinoamericano le salió al paso.

—Oiga, ¿adónde va?

—Waldemar no quiere dar la cara y tengo que entregar yo las piedras. Bueno, yo y usted. Lo que tiene que hacer uno para ganarse unos miles...

—¿Seguro?

—Venga un poco más adentro.

El capitán le siguió, receloso, pero Gard Cooper disolvió sus dudas al mostrarle aquella fortuna de esmeraldas.

—Ah, bueno. Qué pena que se las queden los «franchutis», ¿verdad?

—Sí, es una lástima, pero todo el armamento ya está siendo cargado. La entrega se hará en la bodega. Waldemar me ha dado esta nota para usted.

—A ver...

En perfecto castellano e imitando la letra de Waldemar, Gard Cooper había escrito:

«Haga lo que Cooper le ordene. Yo subiré al barco en las islas Canarias, no quiero que me vean. W».

—Perfecto, Waldemar siempre tiene ideas muy buenas.

—Sí, muy buenas, pero el riesgo lo corren los demás. Siempre hace que otro de la cara por él.

—Sí, eso ya lo comentan algunos, pero no es bueno decirlo en voz alta. Waldemar desea terminar siendo el presidente. Es un tipo con ambiciones. Ahora quiere las armas supuestamente americanas y luego pedirá ayuda a la CIA para que siga prosperando su guerrilla que, en el fondo, no es política aunque él convenza a los demás con ideales y otras zarandajas. Pero, yo soy gato viejo y a mí no me engaña, claro que como paga bien...

—Sí, eso es lo que yo pienso. Vamos abajo.

Habían puesto una mesa en la bodega y allí aguardaron a los hombres de Eiffel que, como se había estipulado, aparecieron en su momento justo y de forma espectacular, pues salieron del interior de una de las cajas que abrieron por dentro.

Previamente, el jefe de cargadores había hecho colocar aquella caja adecuadamente. Todo estaba estudiado y planeado de antemano, la organización Eiffel no dejaba cabos sueltos.

Aparecieron los encapuchados. Eran cinco, y dos de ellos armados con sendas metralletas. Gard los reconoció de inmediato, pero en quien clavó la mirada fue en el hombre de las gafas.

—Cooper, ¿es usted quién va a pagar?

—Sí. Sobre la mesa están las esmeraldas. Pagaré sobradamente la mercancía que pedí como representante de los guerrilleros amazónicos.

—Se hacía el tonto pero estaba en el ajo —replicó el encapuchado de las gafas.

Gard Cooper observó:

—Soy muy curioso y quise identificarles. En principio pensé que el de las orejas amarillas era un amigo mío, pero no, miré bien sus orejas y las de él son más pequeñas. Fue un alivio para mí; le tengo en gran aprecio. En cuanto a usted. —Se dirigió al hombre de las gafas—, ¿cómo prefiere que le llame, inspector Gabeau, papá Goguen o presidente de la organización clandestina Eiffel? No le servirá de nada seguir cambiando su acento dándole un tono germánico para confundirme.

Uno de los hombres le puso la metralleta en el pecho.

—¿Lo mato? —preguntó.

—Aún no. Cooper, es usted muy listo, pero ¿cuál es su juego?

—Ganar mi parte. Metí la pata con usted, supuesto inspector Gabeau, dándole información, pero cuando Penélope me dio detalles sobre usted, comprendí que no había errado totalmente.

—¿Por qué no? —exigió apremiante.

—Porque Waldemar me convenció de que ganaría una buena parte en este negocio si seguía dando la cara por él.

—¿Y tanto le interesa el dinero?

—Ahí están las esmeraldas.

—Cooper, si esto es una trampa, lo eliminamos —advirtió Goguen en presencia del capitán de *Las Palmeras*.

—Evalúen las esmeraldas, una por una: luego, pueden largarse. Yo me quedo aquí.

Uno de los encapuchados abrió la caja metálica. Movi6 las esmeraldas, las examin6 y asintió con la cabeza.

—Correcto, nos largaremos enseguida, pero usted vendrá con nosotros, Cooper. Registradle.

Cooper se dejó registrar sin ofrecer resistencia. Después mirando al capitán del barco, dijo resignado:

—Yo también subiré a bordo en Las Canarias.

—Vamos a la caja de nuevo. Usted, encárguese de que sea bajada a tierra. Un camión espera —dijo Goguen tomando la alcancía con las esmeraldas.

De súbito, Gard dio un codazo en mitad del rostro a uno de los sujetos que tenían metralleta y éste cayó de espaldas. Acto seguido, propinó una patada al otro y embistió a Goguen lanzándolo de bruces. La técnica del kung-fu se le daba muy bien.

El capitán no supo qué actitud adoptar, pero pensando que Gard era amigo suyo, golpeó a otro de los encapuchados. Gard se hizo con una de las metralletas, encañonándolos, mientras otro de los encapuchados vacilaba y luego optaba por echar a correr. Una ráfaga de balas le hizo cambiar de opinión.

—Una buena jugada, Cooper. —Aplaudió el capitán—. Además de quedarnos las armas, tenemos las esmeraldas. A estos tipos los arrojaremos por la borda cuando estemos en aguas internacionales.

—No, capitán, todos nos quedamos aquí. La Interpol ya estará subiendo por la pasarela.

—¿Cómo? —se asombró.

—Lo siento, capitán, pero está usted metido en un buen lío y, por el momento, será mejor que se duerma.

Le propinó un culatazo que lo envió al mundo de los sueños cuando ya la gendarmería inundaba el barco para confiscarlo.

De pronto se escuchó un disparo seco. Gard buscó lo ocurrido y vio que el encapuchado de las gafas comenzaba a sangrar.

Le arrancó la capucha y quedó a la vista el rostro del falso inspector Gabeau del que, desde el principio, Cooper había desconfiado. Por ello, había llamado directamente a la Interpol en París desde el teléfono del hotel de Le Mans, preguntando por un tal inspector Gabeau, que le respondieron no existía. Posteriormente, desde una cabina del autódromo, Volvió a telefonarles para explicar cuánto sabía.

—Una pena, se ha suicidado —dijo Cooper mostrándolo a un ya verdadero inspector de la Interpol que llegó junto a él.

EPÍLOGO

Gard Cooper había tenido que contratar los servicios de otros mecánicos, pero en *boxes* estaba Guru-Min-Bu para controlarle los tiempos y ayudarle en cuanto hiciera falta.

Un nuevo rostro, orlado de rubios cabellos, se hallaba en sus *boxes*.

Cuando comenzaron a roncar los motores en el circuito urbano de Montecarlo, Gard se cubrió la cabeza con el casco y a través de él dirigió una mirada a Penélope que le sonreía. Hizo la señal de victoria con los dedos y ella le animó. Después, movió su mano deseándole suerte.

Los próximos minutos serían los más intensos de la vida de Penélope. Su flamante marido iba a entrar en carrera en el Grand Prix de Montecarlo buscando la victoria en competencia con los mejores campeones del mundo.

Guru-Min-Bu, pacientemente, comenzaría a enseñarle a controlar los tiempos y a sobrellevar con una sonrisa la angustia que en cada carrera iba a sufrir mientras los novios de la Muerte rodaban a velocidades endemoniadas.

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] «El que lleva de la oscuridad a la luz», voz sánscrita. < <

[2] Cárcel francesa ubicada en Aube. Acoge a los presos con más de dos años de prisión. < <